LA

ADELIN

3

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

DRPS
FA
1355

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500763333

LA

ADELIN

3

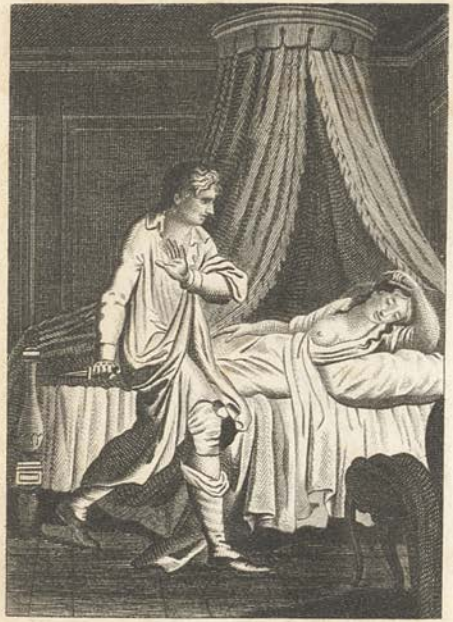
Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/1355 v.3
0800763333

ADELINA.

Imprenta de I. Sancha; calle de la Concepcion Gerónima, n.º 31.



¡Esta noche Señor!

T.º 3. Pg.ª 98.

ADELINA,

ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR

Mis Ana de Radcliff,

Autora de *Julia ó los Subterráneos del Castillo de Mazini* y de otras muchas obras.

LA PUBLICA EN ESPAÑOL

D. Santiago de Alvarado y de la Peña,

Escribano de S. M. y del Ilustre Colegio de Madrid, Traductor y Reformador de la Enciclopedia de la Juventud: *Autor de los* Elementos de la Historia general de España desde el Diluvio al año de 1826. *Editor de otras varias obras de jurisprudencia y literarias.*

TOMO III.

MADRID:
Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de la Concepcion Gerónima, n.º 3.

1830.

Luis Barreto.

ADELINA,

ó

LA ABADÍA EN LA SELVA.

CAPITULO PRIMERO.

El cirujano al fin pasó al cuarto de Adelina, donde ésta le esperaba para hablarle, y le preguntó cómo estaba el herido. "¿Vos sois, señora, la parienta del enfermo segun presumo; su hermana quizá?" Adelina se halló bastante confusa con la pregunta, y sin responder á ella repitió la suya. "Quizá le perteneceis mas de cerca, prosiguió el cirujano, no manifestando hacer ninguna atencion á su pregunta; quizá sois su muger." Adelina se avergonzó é iba á responder; pero aquel continuó su discurso. "El interés que tomais en su salud es ademas bien lisonjero; y yo me pondria de buena gana

en su lugar si estuviese seguro de hallar tan tierna compasion de una tan interesante señorita como vos." Á estas palabras la hizo una profunda cortesía. Adelina tomando un tono de reserva y de seriedad: — "ahora, señor, que se ha acabado vuestro cumplido, querria atendiéseis á mi pregunta: á saber; ¿cómo habeis dejado á vuestro enfermo?"

—"Esta es, señora, una pregunta á la cual seria muy dificil responder, y es siempre una funcion bien desagradable el dar malas noticias..... temo que muera." El cirujano abrió su caja de tabaco y la presentó á Adelina. "¡Que muera! esclamó ésta con una voz débil; ¡que muera!" —

—No os asusteis, señora, respondió el cirujano, viendo que se ponia pálida; no os asusteis: es posible que el golpe no haya llegado hasta..... "(dudoso.....) y en este caso el..... (dudando todavía mas) no está atacado; y si esto sucede, las membranas interiores del cerebro no se hallan ofendidas, en este caso la inflamacion podrá tal vez no manifestarse en la herida, y el enfermo podrá sanar; pero por otro lado, si....."

—"Os suplico hableis claramente, interrumpió Adelina, y no os burleis de mi

dolor: ¿lo creeis en efecto en peligro?"

—"¡En peligro, señora, esclamó el cirujano! ¡en peligro! ciertamente: y en un gran peligro." Á estas palabras salió con un semblante taciturno y descontento. Adelina permaneció algunos momentos en el cuarto, víctima de un esceso de tristeza que no se hallaba en estado de contener. Enjugando sus lágrimas y tratando de serenar su semblante, salió y mandó á un muchacho fuese á buscar al ama de la posada. Despues de haberla esperado en vano algun tiempo, llamó y la envió un segundo recado aun mas eficaz. La huéspeda aun no parecia. Adelina se dirigió al cuarto bajo, donde la halló rodeada de una multitud de personas, contando con voz fuerte, acompañada de muchas gesticulaciones, las particularidades de la última aventura; y al ver á Adelina esclamó: "hé aquí la misma señorita." Al momento todas las miradas de la reunion se volvieron hácia ella. Adelina, á quien la multitud impedia acercarse á la huéspeda, la hizo una seña é iba á retirarse; pero esta muger, empeñada en continuar su historia, no atendió á ella. Adelina no queria llamarla en voz alta temiendo ser notada, y en vano trató de hacer porque se encon-

trasen las miradas de aquella con las suyas, porque los ojos de la mesonera á todas partes se dirigian menos adonde ella estaba.

"Seguramente seria una lástima, dijo la huéspeda, que se le fusilase: ¡es tan bello mozo! pero se dice que si sana lo será ciertamente: ¡pobre jóven! No obstante, segun todas las apariencias, no llegará este caso; porque el doctor dice que no saldrá con vida de esta casa." Adelina suplicó á un hombre que estaba cerca la dijese que ella deseaba hablarla. Se retiró, y al cabo de unos diez minutos la huéspeda pareció. ¡Ay de mí! señora; vuestro hermano está en tan triste estado, que se teme mucho que no salga con bien de él. "Adelina preguntó sino habia en el lugar algun otro facultativo mas que el que habia curado á Teodoro.—" ¡Ó Dios mio, señora! El aire es aquí muy sano; apenas tenemos necesidad de médicos: jamás nos habia sucedido semejante accidente: hace diez años, ó cerca de ellos, que el doctor permanece aquí; pero su oficio no está en grande auge, y creo no se halla muy bien respecto á su facultad, y asi nosotros tenemos bastante con uno de estos señores. Adelina la interrumpió para hacerla algunas preguntas acerca de Teodoro, á quien la

huéspeda habia acompañado á su cuarto. Se informó cómo habia sufrido la primera cura, y si despues de la operacion habia sentido algun alivio, á lo cual la huéspeda no dió ninguna respuesta satisfactoria. La preguntó si habia algun otro cirujano en las cercanías, y la respondió que no.

La angustia pintada sobre el rostro de Adelina, pareció escitar la compasion de la huéspeda, que trató de consolarla lo mejor que pudo. La aconsejó escribiese á sus amigos noticiándoles el suceso, y ofreció proporcionarla un propio. Adelina suspiró, y dijo que esto no era necesario. "Lo es, señorita; en cuanto á mí, creo que me seria bien cruel morir entre los estraños sin que mis parientes me rodeasen, y creo que este pobre señor piensa del mismo modo: ademas, si llega á morir ¿quién pagará su entierro?" Adelina la suplicó no continuase tal conversacion, y deseando que no descuidase ninguna atencion para con el enfermo, la prometió una recompensa por los cuidados que se tomase con él. En seguida la dijo que la trajese recado de escribir. — "Sí, seguramente, señorita, este es el mejor partido. Vuestros amigos no os perdonarian jamás el no haberles advertido de este acon-

tecimiento, y esto lo sé por esperiencia. En cuanto á tener cuidado con él, tendrá á su disposicion cuanto pudiera encontrar en su casa; y hoy aseguro que jamás hubo mejor posada en todo el pais, aunque el lugar no sea de los mayores. Adelina se vió obligada á pedir de nuevo recado de escribir, antes que la habladora huéspeda saliese del cuarto. La idea de enviar á buscar los amigos de Teodoro no la habia venido á su imaginacion en el desórden de las últimas escenas; y entonces fue cuando se vió algun tanto tranquila con la perspectiva que este pensamiento la ofrecia. Luego que tuvo lo necesario para escribir, dirigió á Teodoro el billete siguiente."

"En vuestra actual situacion necesitais todos los socorros que sea posible proporcionaros, y ciertamente en las enfermedades no hay cordial mas eficaz que la presencia de un amigo. Permitidme pues informar á vuestros parientes de vuestro estado, lo que será para mí una satisfaccion; y estoy segura de que será tambien un consuelo para vos."

Poco despues de haber enviado el billete, recibió un recado de Teodoro por el cual pedia respetuosamente, pero con muchas instancias, le permitiese verla por algunos momentos. Adelina pasó sin demora á su cuarto: sus mortales temores se confirmaron por la languidez esparcida sobre el rostro de aquel, y sucumbió casi á su terror, y á los esfuerzos que hizo para disimular su conmocion. Os doy gracias por vuestra bondad, dijo Teodoro alargándola su mano. "Ella la tomó, y sentándose á la cabecera derramó un torrente de lágrimas. Luego que su agitacion se calmó algun tanto, apartando su pañuelo de los ojos miró á Teodoro con una sonrisa inspirada por el mas tierno amor, manifestándole el vivo interés que tomaba en su suerte; lo que dió á su corazon un pasajero consuelo."

"Perdonad esta debilidad, dijo ella; hace largo tiempo que mi alma se halla tan diversamente agitada....." Teodoro la interrumpió.

—"Esas lágrimas son demasiado apreciadas de mi corazon; pero en cuanto á mí, tratad de tranquilizaros: no dudo que bien pronto me hallaré fuera de peligro. El cirujano....."

—"No quiero á ese hombre, dijo Adelina; pero decidme, ¿cómo os hallais?" La aseguró que se sentia entonces mucho mejor

que antes, y hablándola de su tierno billete, vino al motivo porque habia pedido verla.- "Mis parientes, dijo, residen muy lejos de aquí, y estoy muy seguro que su afecto por mí es tal, que si supiesen mi estado ninguna consideracion podria impedirles volar á mi socorro; pero antes que llegasen, su presencia vendria á ser probablemente inútil." Adelina le miró con interés. "Seguramente me restableceré, prosiguió Teodoro sonriéndose, antes que una carta llegase á sus manos; esto seria causarles una pena y un viaje supérfluo. Por vuestra tranquilidad, Adelina, deseára se hallasen aquí; pero pocos dias bastarán para hacernos conocer las consecuencias de mi herida. Esperemos á lo menos hasta entonces, en que tomaremos consejo de las circunstancias. Adelina no insistió mas sobre este punto, y vino á un objeto de un interés aun mas vivo." Desearia, le dijo, que tuviéseis un cirujano mas hábil; conoceis mejor que yo la geografía de la provincia: ¿estamos próximos á alguna villa ó ciudad donde pueda consultarse con otro facultativo?

--"No lo creo, dijo: eso no vale la pena; porque mi herida es tan poco considerable, que basta poca ciencia para saber

curarla: pero ¿por qué, querida Adelina os abandonais á esas inquietudes? ¿por qué os dejais entristecer por esta inclinacion á preveer la desgracia? Me veo casi tentado á creer (tal vez por una presuncion atrevida) que nace de vuestro afecto por mí. Permitidme aseguraos que escitando de este modo mi reconocimiento, añadis mucho á mi tierna estimacion. ¡Ó Adelina! Pues qué deseais mi pronto restablecimiento; ¡ójalá os vea yo tranquila! En tanto que yo os vea desgraciada, no podré estar bueno.--" Ella le aseguró se esforzaria á calmarse, y temiendo que una mas larga conversacion le fuese perjudicial, le dejó descansar.

Al atravesar la galería encontró á la huéspeda. Las pocas palabras que Adelina habia dicho á esta muger, hicieron sobre ella el efecto de un talisman, transformando su negligencia é impertinencia en una política oficiosa. Venia á preguntar si el herido tenia todo lo que deseaba. "He encontrado una asistenta para que le vele, y me atrevo á decir que cumplirá con su obligacion; pero yo estaré ojo alerta porque no podré dejar de ir algunas veces á servirle por mí misma. ¡Pobre jóven! ¡con qué paciencia sufre sus males! No podria pensarse,

segun manifiesta, que está en vísperas de morir, y sin embargo el doctor se lo ha dicho á él mismo, ó poco menos." Adelina se incomodó sobremanera de esta imprudente conducta del cirujano, y despidió á la huéspeda despues de haberla pedido una ligera comida.

Á la tarde, el cirujano hizo una segunda visita, y despues de haber pasado algun tiempo con el enfermo, volvió á la sala segun Adelina se lo habia pedido para darla cuenta de su estado. Respondió á las preguntas que le hizo con mucha gravedad. "Me es imposible, señora, deciros nada de positivo en este momento; pero tengo mis razones para permanecer en la opinion que os manifesté esta mañana, y ciertamente no soy hombre que establezca mis opiniones sobre ligeras bases. Quiero daros un ejemplo admirable de ello."

"No há quince dias que fuí llamado para ver á un enfermo á algunas leguas de aquí: yo estaba ausente cuando llegó el propio, el caso urgia, y antes que yo pareciese se habia consultado á otro médico. Éste mandó varios remedios que en la apariencia aliviaron al enfermo. Cuando yo me presenté, sus amigos se felicitaban de los progresos

de su cura, y todos estaban de acuerdo con el médico de que el enfermo se hallaba absolutamente fuera de peligro. Estad seguros, les dije, de que os engañais. Estos remedios no pueden hacerle mal ni bien: el enfermo está en el mayor peligro. Éste suspiró al oir mi dictámen; pero mi compañero continuó asegurando que los remedios que le habia mandado eran no solamente eficaces, sino aun muy prontos; pues que habian ya surtido buen efecto. Entonces me faltó la paciencia, insistiendo en que aquellos efectos eran engañosos y que el enfermo no tenia recurso, asegurándole que su vida estaba en el mayor peligro. No soy señora, del número de aquellos facultativos que engañan á sus enfermos hasta el último momento; pero vais á saber el resultado. Mi compañero estaba, á lo que yo imagino, furioso de la firmeza con que le contradecia, se mostró muy colérico, lo que no me dió el mayor cuidado, y volviéndose hácia el enfermo le suplicó decidiese á cuál parecer queria atenerse, visto que se negaba á obrar de acuerdo conmigo. El enfermo me hizo el honor, prosiguió el cirujano con una sonrisa de satisfaccion y componiendo su pechera, de tener en mí una opinion

mejor quizá que la que yo merecia, porque despidió al momento á mi opositor. Jamás hubiera creido, dijo el médico cuando salió del aposento, jamás hubiera creido que un hombre que practica la facultad hace tantos años, fuese de una ignorancia tan crasa en ella.

—"Tampoco lo hubiera imaginado yo, le dije."

—"No me admiro de que no haya conocido el peligro en que me encuentro, añadió el enfermo."

—"No estoy yo menos admirado, repliqué.— Estaba decidido á hacer todo lo que pudiese por el enfermo, porque era un sugeto de talento, como veis, y me interesaba en él. Varié pues el sistema y suministré por mí mismo los remedios; pero todo fue inútil: mi opinion se verificó y murió antes del dia siguiente." Adelina que se habia visto precisada á escuchar toda esta larga historia, dió un profundo suspiro, cuando se concluyó. —"No estoy sorprendido de veros agitada, dijo el cirujano; el ejemplo que acabo de citaros, es seguramente muy á propósito para conmoveros: yo mismo me penetré tanto, que se pasó algun tiempo antes de que me resolviese á hablar; pero

convendreis, señora, continuó bajando el tono é inclinándose con el ademan de aplaudirse á sí mismo, que aquella fue una prueba admirable de la infalibilidad de mi fallo."

La infalibilidad de este fallo hizo temblar á Adelina, y no respondió una palabra. —"Fue una cosa bien triste para este pobre hombre, repuso el cirujano."

—"Muy triste en verdad, dijo Adelina."

—Me afligis mucho del suceso, continuó él.

—No lo dudo, señor, dijo Adelina.

—"Pero el tiempo disipa las impresiones mas tristes."

—Me habeis dicho, segun creo, que hace quince dias ha sucedido en.....

—"Poco mas ó menos, replicó el cirujano, sin que mostrase comprender la observacion."

¿Me permitis, señor, preguntaros el nombre del médico que ha sido tan ignorante para contradeciros?

—"Sin duda, señora; se llama Lafance."

—¿Vive probablemente en la obscuridad de que es digno, dijo Adelina?

—"Ciertamente que no, señora; ha-

bita en una ciudad bastante considerable, cerca de cuatro leguas de aquí, y nos está dando un ejemplo entre tantos otros de la falsedad de los juicios del pueblo. Os costará trabajo creerlo, pero os certifico del hecho, y es que este hombre ha hecho un gran número de parroquianos y de visitas; que es elogiado mientras que á mí se me deja aquí donde estoy abandonado y poco conocido."

Durante esta relacion Adelina habia pensado en los medios de descubrir el nombre del médico, porque el ejemplo citado por el otro de su infalibilidad y de la ignorancia de su adversario habian decidido completamente la opinion de Adelina entre ambos: deseó mas que nunca sacar á Teodoro de las manos del cirujano, y pensaba en la posibilidad de conseguirlo, viendo que éste con su suficiencia ordinaria le suministró los medios para ello.

Adelina le hizo aun algunas preguntas sobre el estado de la herida de Teodoro. Él dijo que siempre era él mismo; que solamente habia sobrevenido un poco de calentura. Pero he mandado que se encienda fuego en el cuarto, continuó el cirujano, y que se pongan en el lecho algunas mantas mas. No dudo que esto pro-

duzca su efecto: entre tanto es menester cuidar de no darle ningun líquido escepto algunas pociones cordiales que yo enviaré. Probablemente pedirá que se le dé agua y que se le deje beber alguna cosa; pero es menester guardarse bien de esto."

— ¿No aprobais, pues, dijo Adelina, el método que he oido citar algunas veces; esto es, que se debe dejar obrar á la naturaleza en semejante caso?

— ¡La naturaleza, señora! prosiguió; la naturaleza es la mas mala guia del mundo: yo siempre adopto un método contrario á lo que ella parece indicar, porque ¿de qué serviria el arte si debiese siempre seguir á la naturaleza? Tal ha sido mi primera opinion al entrar en el mundo, y no me he separado de ella: por lo que os he dicho percibireis sin duda, señora, que se puede confiar en mis opiniones, y que ellas han sido y serán siempre las mismas; porque mi alma no es de esas almas frívolas que se dejan afectar por las circunstancias."

Adelina estaba ya cansada de este discurso, y bien impaciente de manifestar á Teodoro que habia descubierto un médico; pero el cirujano parecia pensar en to-

do menos en dejarla ; se estendia sobre diferentes objetos, y contaba nuevos ejemplos de su admirable sagacidad , cuando el muchacho vino á avisarle que cierta persona queria verle. Se habia sin embargo empeñado en una materia demasiado agradable para resolverse á abandonarla , y así solo despues de un segundo aviso, fue cuando hizo su cortesía á Adelina y salió del cuarto. Luego que hubo partido , ella escribió un billete á Teodoro para pedirle la permitiese enviar por un médico. Los modales ridículos del cirujano habian dado á Teodoro una opinion muy poco favorable de su talento , y su última receta le habia confirmado tan plenamente de ello, que consintió con mucho gusto en consultar á otro. Adelina pidió que se buscase al momento un propio ; pero acordándose que la residencia del médico era siempre un secreto , se dirigió á la huéspeda que no sabiendo , ó pretendiendo ignorarlo, no le dió ninguna luz sobre ella. Todas las otras investigaciones que hizo fueron igualmente infructuosas y pasó algunas horas en un pesar estremo , durante las cuales el mal de Teodoro se aumentó en vez de disminuirse.

Cuando llegó la hora de cenar , preguntó al muchacho que la servia si conocia en la vecindad un médico llamado Lafance. -- En la vecindad no señora ; pero yo conozco al doctor Lafance de Chancy , porque he estado en esta ciudad. " Adelina tomó otros informes , y los que adquirió fueron mas satisfactorios ; pero la ciudad estaba distante cuatro leguas , y la demora que esta circunstancia debia ocasionar renovó sus temores ; sin embargo mandó partiese un propio al momento, y despues de haber enviado á saber nuevamente de Teodoro, se retiró á su cuarto para pasar el resto de la noche. La fatiga que no habia cesado de esperimentar hacía catorce horas , triunfó de su ansiedad, y su ánimo cansado cedió al sueño. Durmió hasta muy entrada la mañana , y la despertó la huéspeda que venia á advertirla de que Teodoro estaba peor y la preguntó ¿ qué debia hacer ? Adelina viendo que el médico aun no habia llegado , se levantó apresuradamente para adquirir nuevas noticias sobre Teodoro. La huéspeda la dijo que habia pasado una noche muy agitada que se habia quejado de un gran dolor ; que habia pedido se apagase la lumbre

encendida en la habitacion ; pero que la asistenta sabia demasiado bien su obligacion para obedecerle, siguiendo puntualmente las órdenes del médico. Añadió ademas que habia tomado los cordiales ; pero que á pesar de ésto su estado continuaba empeorándose, y que al fin habia caido en un delirio. Entre tanto el muchacho á quien se habia enviado á buscar el médico no volvia. -- "No es estraño, continuó la huéspeda; pensad que el camino es muy malo, que el muchacho ha partido despues de muy entrada la noche y que tiene que andar ocho leguas; pero señorita hubiérais acertado mejor en confiar en nuestro doctor ; porque los vecinos de este lugar jamás van á buscar á otro, y si me permitis decir mi parecer, mas hubiera valido enviar á Santiago en busca de los amigos del jóven señor que en la de ese doctor forastero que nadie conoce."

Despues de haber hecho algunas otras preguntas respecto á Teodoro, que aumentaron sus temores en vez de disminuirlos, Adelina trató de calmar su ánimo y de esperar con paciencia la llegada del médico. Entonces mas que nunca sentia el abandono á que se veia reducida y el peligro de

Teodoro: deseaba con ardor que pudiesen informarse sus amigos de su situacion ; y este deseo no podia verificarse, porque Teodoro era el único que podia indicarla su morada, y se hallaba privado del conocimiento. Cuando el cirujano llegó y vió el estado de su enfermo, no manifestó ninguna sorpresa ; pero habiendo hecho algunas preguntas y dado algunas instrucciones generales; bajó donde estaba Adelina. Despues del saludo ordinario, tomó de repente un aire de importancia. "Estoy disgustado señora la dijo, de verme obligado á anunciaros muy malas nuevas; pero deseo os prepareis á un acaecimiento que temo mucho no tardará en suceder." Adelina no dejó de comprender lo que queria decirla, y aunque hasta entonces no hubiese dado mucha fé á su juicio, no pudo oirle hablar del peligro inminente de Teodoro sin ceder á la influencia del terror.

Le pidió la declarase todo lo que temia. El facultativo dijo que segun lo habia previsto, Teodoro estaba mucho mas malo aquella mañana que la noche precedente, y que habiendo afectado el mal al cerebro, habia motivos para temer no hubiese mortal peligro dentro de algunas horas. "Puede

efectivamente tener las consecuencias mas funestas, continuó, si la inflamacion entra en la llaga, y hay muy pocas apariencias de que se libre de ella."

Adelina escuchó esta sentencia con una calma que espresaba el terror sin espresar su dolor con palabras ni con lágrimas. "Este jóven, señora, sin duda tiene parientes: hareis muy bien en instruirles cuanto antes de su situacion. Si están lejos, ciertamente que ya llegará tarde vuestro aviso; pero hay otros deberes..... Pero, "¿os hallais indispuesta, señora?....." Adelina hizo un esfuerzo para hablar, mas en vano, y el cirujano pidió á gritos un vaso de agua. Le bebió: un profundo suspiro que exhaló pareció aliviar su corazon oprimido. En seguida se derritió en lágrimas; y el cirujano viendo al fin que se hallaba mejor, aunque no lo bastante para escuchar su conversacion, se despidió de ella y prometió volver dentro de una hora. El médico aun no habia parecido, y Adelina esperaba con una mezcla de temor, de inquietud y de esperanza.

Al fin llegó al medio dia; é informado del accidente que habia producido la calentura, y el método que el cirujano habia observado, subió al cuarto de Teodoro, y al cabo de un cuarto de hora volvió adonde Adelina le esperaba. "El jóven está siempre delirante; pero he ordenado tome un calmante."

— "¿Hay alguna esperanza, señor, le preguntó Adelina?"

— Sí señora, seguramente que la hay: el suceso es aun dudoso; pero dentro de algunas horas me hallaré en estado de decidir con mas certeza: entre tanto he recomendado mucho que se le deje tranquilo, y que se le permita beber á su voluntad ciertas pociones diluentes.

Apenas, á peticion de Adelina, habia indicado otro cirujano en vez del que se habia empleado hasta entonces cuando este último entró. Á la vista del médico arrojó sobre Adelina una mirada de sorpresa y de cólera: al momento esta se retiró con él á otro aposento donde le despidió con una política á la cual el cirujano no se dignó responder, y que seguramente no merecia.

CAPITULO SEGUNDO.

Al dia siguiente por la mañana, muy temprano, llegó el cirujano; pero ó el remedio ó la fuerza de la enfermedad habian sumergido á Teodoro en un profundo sueño que duró muchas horas. El médico dió entonces algunas esperanzas á Adelina de su curacion, é hizo tomar todas las precauciones posibles para impedir que no se le turbase el sueño. Despertó sin delirio y sin calentura, y su primer cuidado fue el de informarse de la situacion de Adelina, que no tardó mucho en saber que Teodoro estaba fuera de peligro.

Algunos dias despues se encontró bastante fuerte para que se le mudase á otro cuarto al lado del de Adelina, que le recibió con una alegría que la fue imposible disimular, y esta observacion le hizo nacer un rayo de esperanza. Á la verdad, Adelina sensible á la pasion que tan noblemente la habia mostrado, y enternecida de los peligros sufridos por salvarla, no disfrazó ya la estimacion que habia conce-

bido por él, y acabó por confesar la impresion que hizo sobre su corazon la primera vez que se presentó á su vista.

Despues de una hora de la mas tierna conversacion, en la cual la felicidad de una pasion mútua ocupó toda su alma, se acordaron de su situacion actual, conociendo Adelina que Teodoro estaba arrestado por haber desobedecido las órdenes de su superior y abandonado su puesto, Teodoro reflexionando que iba muy pronto á verse arrancado del lado de Adelina, y obligado á dejarla espuesta á todos los males de que acababa de librarla. Estos pensamientos afligieron á ambos, y despues de un largo silencio Teodoro se aventuró á proponerla todo lo que sus deseos le habian sugerido muchas veces; es decir, el casarse antes de dejar el lugar. Este era quizá el único medio de prevenir una separacion cruel; y aunque vió los muchísimos inconvenientes á que se veria espuesta casándose con un hombre en el caso en que él se hallaba, estos inconvenientes le parecian mucho menores que los que tendria que sufrir sola; y por lo tanto su razon no le permitió titubear en adoptar un partido que su afecto le sugeria.

Adelina estuvo algun tiempo muy agitada antes de responder; y aunque nada tuviese que oponer á los argumentos de Teodoro, por hallarse sin ningun pariente ni otras razones de interés que los contrariasen, no pudo resolverse á consentir de un modo tan precipitado en dar su mano á un hombre á quien conocia tan poco, y cuya familia la era desconocida absolutamente: al fin le suplicó no la hablase mas de ello, y la conversacion fue muy general durante todo el resto del dia, aunque siempre interesante.

A cada momento se descubria mas y mas la armonía que reinaba entre ambos tanto de gustos como de opiniones, la cual los habia desde luego inclinado uno á otro. Sus discursos recayeron sobre la literatura: Adelina, aunque habia tenido muy pocas ocasiones de leer, los libros que se habia podido proporcionar, obrando sobre su entendimiento, deseoso de conocimientos y sobre un gusto singularmente sencillo á lo bello y á lo sublime, la habian dejado la impresion de todas sus perfecciones. La naturaleza habia dotado á Teodoro de las cualidades del genio, y ademas habia recibido de la educacion todo lo que esta pue-

de aumentar al natural bien dispuesto, á lo que se añadia una noble independencia, un corazon sensible y unos modales en que se veia una mezcla de dignidad y de dolor.

Por la tarde uno de los oficiales que á las representaciones del sargento habia sido enviado por las personas encargadas de perseguir los delitos militares, llegó al lugar, y habiendo entrado en el aposento de Teodoro, del que Adelina se retiró al punto, le dijo en un tono imponente que partiria al dia siguiente para el cuartel general. Teodoro le respondió que no se hallaba en estado de soportar la fatiga del viage, y le remitió al dictámen de su médico; pero el oficial replicó que no se tomaria el trabajo de verse con el médico; porque estaba seguro de que este podria haber sido sobornado, y que era absolutamente preciso marchar al dia siguiente. "Habeis tenido bastante tiempo dijo, y teneis sobradas cosas que hacer luego que llegueis al cuartel general; porque el sargento á quien habeis herido peligrosamente, tiene intencion de comparecer contra vos, y esto junto con el delito que ya habeis cometido desertando de vuestro puesto....."

Los ojos de Teodoro se encendieron en cólera: ¡*desertando*! dijo, levantándose de la silla y arrojando una mirada amenazadora sobre su acusador: ¿quién se atreve á darme el nombre de desertor? Pero acordándose luego de cuanto parecia justificar su conducta esta acusacion, se esforzó á reprimir su agitacion; y con un aire firme y tranquilo, dijo, que cuando estuviese en el cuartel general sabria responder á todos los cargos que se hiciesen contra él; pero que hasta este punto guardaria silencio. La firmeza y dignidad con que pronunció estas palabras enmudecieron al oficial, que se retiró pronunciando entre dientes algunas espresiones.

Teodoro se puso á reflexionar en lo peligroso de su situacion: sabia tenia mucho que temer de las circunstancias particulares en que habia dejado el regimiento entonces de guarnicion en una ciudad de la frontera de España en que la disciplina era muy rigorosa, y del poder del marqués de Montalto, á quien el orgullo y el despecho de no haber conseguido sus vergonzosos proyectos, no dejarian de escitar la venganza, y probablemente pondria todo en movimiento para conseguirlo; pero sus

pensamientos pasaron muy pronto desde su propio peligro al de Adelina; y esta consideracion le hizo perder todo su valor. No podia sostener la idea de dejarla espuesta á los males que preveia, ni familiarizarse con una separacion tan repentina como la de que se hallaba amenazada; y así cuando Adelina entró nuevamente en su cuarto renovó sus súplicas de casamiento sirviéndose de todos los argumentos que podia sugerirle la ternura.

Cuando Adelina supo que Teodoro debia partir al dia siguiente, se creyó privada del único consuelo que la quedaba. Todos los horrores de la situacion de su amigo se presentaron á su imaginacion, y desvió los ojos de él esperimentando angustias inesplicables. Tomando Teodoro su silencio por un presagio favorable, la suplicó le diese la mano como una prenda de que su separacion no seria eterna. Adelina á estas palabras dando un profundo suspiro, le dijo: "y ¿quién sabe si esta separacion no será eterna aun cuando yo pudiese consentir en el matrimonio que me proponeis? Pero entre tanto esperais mi determinacion no me acuseis de indiferencia; porque seria un crímen para mí el mos-

trárosla despues de los servicios que me habeis hecho.

¿Con que solo un frio sentimiento de reconocimiento es todo lo que tengo que esperar de vos dijo Teodoro? ¿Por qué pues gustais de afligirme con esta prueba de vuestra indiferencia, suponiéndola una sugestion de la prudencia? ¡Ah! Adelina, si desechais esta proposicion, acaso la última que yo me halle en estado de haceros, dejad á lo menos de engañaros á vos misma imaginándoos que me amais.

"¿Habeis pues olvidado tan pronto vuestra conversacion de esta mañana, respondió ella, y teneis tan mala idea de mí para creer que quisiese profesar una pasion que no siento? Si verdaderamente sois capaz de pensar así, haria muy bien en olvidarme de que os he hecho semejante confesion, y de que vos la habeis oido."

-- "Perdonad, Adelina, perdonad las ideas y las inconsecuencias de que me he hecho culpable: pensad en el rigor de mi suerte y perdonad las inquietudes del amor." Adelina con los ojos bañados en lágrimas procuró sonreirse presentándole la mano que él asió y llevó á sus lábios. "Sin embargo, continuó Teodoro, no me reduzcais

á la desesperacion desechando mi súplica. Pensad lo que debo padecer si me veo obligado á abandonaros sin amigo ni protector."

-- "Reflexionó sobre los medios de evitar un estado tan deplorable, dijo Adelina: se dice que á algunas millas de aquí hay un convento donde se admiten pensionistas, y yo quisiera entrar en él."

-- "¡Un convento, respondió Teodoro! ¿quereis iros á un convento? ¿Sabeis á qué persecucion os vereis espuesta, pues si el Marqués llegase á descubriros es probable que tratase de seducir ó intimidar á la superiora, y que tal vez esta cediese á su autoridad ó á lo menos á su oro?"

-- "He pensado en ello, dijo Adelina, y estoy pronta á esponerme á todo mas bien que á contraer un enlace que no serviria en el momento actual mas que para hacernos á ambos infelices."

-- "¡Ah Adelina! ¿Podriais pensar así si me amáseis verdaderamente? Me veo á punto de separarme y quizá para siempre del objeto mas tierno y mas amado de mi corazon. ¿Es preciso que inspireis todas las angustias que esperimento; es preciso que haga uso de todos los argumentos para haceros variar de resolucion? Pe-

ro vos Adelina, vos veis con indiferencia una circunstancia que me pone en la desesperacion."

Adelina que habia hecho largos esfuerzos para sostener su gravedad en presencia de Teodoro y mantenerse en una resolucion que la prudencia exigia ínterin que los movimientos de su corazon se oponian á ello fuertemente, no se halló ya en estado de ser superior á su dolor y se anegó en lágrimas. Teodoro en el mismo instante se convenció de su error, y afligido por las penas que la habia causado, acercó su silla hácia ella, y tomándola la mano la suplicó otra vez que le perdonase, y se esforzó en alentarla y consolarla.

"¡Cuán culpable soy de haberos causado este pesar dudando de la pasion con que estoy seguro me honrais! Perdonad, Adelina, solamente os pido me perdoneis, y cualesquiera que puedan ser los tormentos de esta separacion, yo os prometo no oponerme mas á ella."

— "Me habeis afligido, respondió Adelina; pero no causado ofensa." — En seguida hizo mencion de otras particularidades acerca del convento. Teodoro trató de ocultar el dolor que su próxima separacion

le causaba y de continuar hablando con ella con semblante tranquilo sobre el plan que meditaba. Su razon no tardó en ser superior á su pasion, y notó que el plan que proponia le suministraria los mejores medios de seguridad: reflexionó que era posible le condenasen por las acusaciones que se pusiesen contra él, cosas que en la primera agitacion de su ánimo se le habian pasado, y que su muerte, si se hallasen casados, no solamente privaria á Adelina de su protector, sino que aun la dejaria mas espuesta á los inicuos proyectos del Marqués, que sin duda debia hallarse en el Consejo de guerra, y por este medio habria descubierto que estaba en su poder. Sorprendido de no haber hecho antes esta reflexion, y conmovido por haber querido cometer una imprudencia que podria haberla hecho caer en una situacion tan peligrosa, se vió reconciliado de repente con la idea de dejarla en un convento. Habia deseado colocarla en el seno de su familia; pero las circunstancias en que debia ser introducida eran tan crueles y penosas..... Sobre todo la distancia del lugar en que habitaban sus parientes la hubieran espuesto á tantos peligros en el viage que ya no

se atrevió á proponérselo: solamente la suplicó le permitiese escribirla; pero considerando que sus cartas podrian descubrir el lugar de su residencia al Marqués, renunció á este pensamiento. "Es necesario que me prive hasta de este triste recurso, dijo, temiendo que mis cartas indiquen el sitio de vuestra morada: no obstante, ¿cómo me hallaré en estado de someterme á la paciencia y á la incertidumbre á que me condenan las circunstancias? Si os hallais en peligro no podré saberlo; porque á la verdad, aun cuando lo supiese, añadió con un tono como de desesperacion, me seria imposible volar á vuestro socorro. ¡Ó dolor! Solo en este momento es cuando me afligen los horrores de una prision."

Estas palabras fueron interrumpidas por un amargo suspiro. Se levantó de su silla y se paseaba á largos pasos en el cuarto. Adelina estaba sentada oprimida con la descripcion que Teodoro acababa de hacer de su próxima situacion y del pensamiento de que ella se hallaria en la mas cruel incertidumbre sobre su suerte: se le representaba ya en una prision -- pálido -- flaco y cargado de hierros. -- Se figuraba ya en todo el peso de la venganza del Marqués sobre su cabeza, y todo esto á causa de los esfuerzos generosos que habia hecho para salvarla. Teodoro aterrado de la desesperacion tranquila que se manifestaba sobre su rostro, se arrojó sobre una silla cerca de Adelina, y tomándola la mano trató de consolarla; pero las palabras espiraron sobre sus lábios, y solo pudo bañar su mano con lágrimas.

Este triste silencio fue interrumpido por la llegada de un coche á la posada. Teodoro levantándose se dirigió á la ventana que caia al patio. La obscuridad de la noche le impidió al principio distinguir los objetos; pero cuando se trajeron luces descubrió una carroza con cuatro caballos acompañada de muchos criados. En seguida vió bajar un hombre vestido con un redingote, y á corto rato oyó la voz del Marqués.

Teodoro habia venido al socorro de Adelina que se desmayaba, cuando se abre la puerta, y el Marqués seguido de los ministros de justicia y de muchos criados entra. La rabia brilló en sus ojos cuando los fijó en Teodoro que estaba sosteniendo á Adelina, mirándola con la mas tierna solicitud. "Prended á ese traidor, dijo,

volviéndose á los ministros: ¿por qué le habeis permitido que permanezca aqui tan largo tiempo? " — No soy un traidor, respondió Teodoro con voz firme, sino el defensor de la virtud de una muger á quien el malvado marqués de Montalto trataba de seducir. — Obedeced, dijo el Marqués á los ministros. " Adelina empezó á dar gritos y se asió mas fuertemente del brazo de Teodoro, suplicando á aquellas gentes no los separasen. — " Solo la fuerza es quien puede hacerlo " dijo Teodoro, mirando á todas partes por ver si encontraba una arma con que defenderse; pero no la habia. En este instante le rodearon y le prendieron. — "Temedlo todo de mi venganza, dijo el Marqués á Teodoro (mientras que éste tomaba la mano de Adelina que habia perdido todo poder de resistencia y que apenas oia lo que pasaba): ya sabeis que lo habeis merecido. "

— " Me rio de vuestra venganza, gritó Teodoro; solo temeria los remordimientos de la conciencia; pero éstos todo vuestro poder no podrá hacérmelos temer, porque ni los tengo ni hay sobre que fundarlos, al paso que vos no podeis libraros de ellos por mas que hagais. "

— " Sacadle al momento de aquí, dijo el Marqués, y cuidad de que esté bien atado: bien pronto conocerás el castigo que merece un criminal que añade la insolencia al delito. "

— Teodoro gritando dijo: " ¡Ó Adelina! ¡Á Dios!" y le sacaron del cuarto, mientras que Adelina, á quien sus voces y sus últimas miradas habian sacado de su letargo, cayó á los pies del Marqués y con amargas lágrimas imploró su compasion para con Teodoro. Las súplicas en favor de un rival solo sirvieron para irritar mas el orgullo y el odio del Marqués; reiteró el juramento de vengarse con las imprecaciones mas terribles, y la mandó que se levantase. Entonces esforzándose en ahogar los accesos de su rabia, que la presencia de Teodoro habia escitado, principió á hablarla con las espresiones ordinarias de su admiracion.

La desgraciada Adelina, que sin atender á lo que decia continuaba en defender la causa de su desventurado amante, se atemorizó al fin por los accesos de furor que á cada momento aparecian sobre el rostro del Marqués; y usando de toda la fuerza que la quedaba se lanzó hácia la puerta

del cuarto para marcharse; pero el Marqués la cogió por la mano antes de que pudiese conseguirlo, y sin hacer caso de sus gritos la llevaba á su coche é iba á hablarla, cuando se oyeron voces en la galería y al momento el mesonero y su muger á quienes habian atraido las voces de Adelina, entraron en el aposento. El Marqués, volviéndose colérico hácia ellos, les preguntó ¿ qué querian ? ; pero sin esperar su respuesta les mandó le siguiesen, y saliendo del cuarto cerró su puerta con llave. Adelina corrió entonces á la ventana que daba al patio y que estaba abierta. Todo se hallaba obscuro y silencioso por fuera: clamó por socorro; pero nadie pareció, y las ventanas estaban tan altas que era imposible escaparse sin el auxilio de alguna persona. Se paseó por el cuarto combatida de las angustias del terror y del desconsuelo, ya deteniéndose para escuchar, ya imaginando que oia hablar abajo, y ya precipitando sus pasos segun que la incertidumbre aumentaba la agitacion de su espíritu.

Hacía cerca de una media hora que se hallaba en este estado, cuando de repente oyó un gran ruido en el piso bajo

de la casa, que continuó aumentándose hasta que no se percibió mas que vocería y confusion: muchas personas pasaban precipitadamente por los corredores, y se abrian y cerraban con frecuencia las puertas. Adelina llamó; pero no recibió respuesta, y al momento la ocurrió que Teodoro, habiendo oido sus gritos, trataba de venir en su socorro, y que el ruido no tenia otro fundamento que la oposicion por parte de los que le custodiaban. Conociendo la crueldad y barbarie de estos, concibió temores terribles por la vida de Teodoro.

Entonces se oyó una mezcla confusa de voces, y los gritos de las mugeres la convencieron de que abajo se batian, y aun oyó el ruido de las armas. La imágen de Teodoro muriendo á manos del Marqués, se presentó entonces á su imaginacion, y los terrores de la incertidumbre se la hicieron insoportables: hizo un esfuerzo desesperado para abrir la puerta, y volvió á llamar á su socorro; pero sus manos trémulas no tuvieron bastante fuerza, y cada persona de la casa parecia demasiado ocupada en otras cosas para atender á ella. Un grito agudo llegó en este momento á

sus oidos; y en medio del tumulto que se siguió á él, distinguió claramente profundos gemidos. Esta confirmacion de sus temores la privó enteramente del resto de fuerzas que la quedaban, y cayó casi sin vida en una silla cerca de la puerta. El ruido cesó gradualmente hasta que todo se halló tranquilo; mas sin embargo nadie vino donde ella estaba: poco despues oyó algunas voces en el patio; pero no tuvo bastante fuerza para atravesar el cuarto, ni aun para preguntar lo que hubiera querido saber, y que temia resolverse á hacerlo.

Al cabo de un cuarto de hora se abre la puerta y aparece la huéspeda con un semblante pálido como la muerte.

— "Por amor de Dios, dijo Adelina, decidme que es lo que ha sucedido. ¿Está herido ó muerto?"

— "No está muerto, señorita, pero....."

— "¿Se muere? Decidme dónde está, dejadme ir á verle."

— "Deteneos, señorita, esclamó la huéspeda: es preciso que permanezcais aquí; necesito tomar un poco de espíritu de asta de ciervo que hay en este armario." — Adelina intentó escaparse; pero la huéspeda la detuvo, cerró la puerta y bajó."

La angustia de Adelina se hizo por grados insoportable: se sentó sin movimiento sabiendo apenas si existia, hasta que la sacó de su letargo el ruido de algunas personas que andaban cerca de la puerta, la cual se abrió de nuevo: tres hombres que reconoció por criados del Marqués entraron: tuvo bastante presencia de espíritu para hacerles las mismas preguntas que á la huéspeda; pero únicamente la respondieron que era necesario les siguiese, y que la esperaba una silla de posta á la puerta. Adelina, no obstante repitió las preguntas. — "¡Ah! Decidme si vive aun, esclamó."

— "Sí señorita, vive, pero está gravemente herido y el cirujano acaba de llegar." Hablando de este modo la arrastraron consigo; y sin hacer caso de sus súplicas y ruegos para saber donde se la conducia, habian llegado al fin de la escalera cuando sus gritos atrajeron muchas personas á la puerta. La huéspeda les contó que esta señora era muger de un caballero que acababa de llegar, y que la habia detenido en su fuga con su amante; relacion que fue confirmada por los criados del Marqués. "El señor, es el que aca-

ba de batirse añadió la huéspeda, y era por esta señora." Adelina, despreciando en parte esta fingida historia, aunque manifestando con la indignacion de su semblante la falsedad de ella, y en parte llevada por el deseo de saber lo que habia pasado, se contentó con repetir sus preguntas, á lo cual uno de los espectadores replicó en fin que el señor estaba herido. Los criados del Marqués hubieran querido entonces llevarla al coche, pero se desmayó en su presencia; y su situacion interesó de tal modo la humanidad de los concurrentes, que aunque creyesen lo que se les habia dicho, se opusieron á los esfuerzos que se empleaban para llevarla sin sentido á la silla de posta.

Se la colocó al fin en un cuarto, y los remedios convenientes que se la aplicaron no tardaron en hacerla recobrar el uso de su razon: allí hizo tantos esfuerzos para que la diesen sin detencion noticia de lo que habia sucedido, que la huéspeda la contó muchas particularidades del asunto.-- "Cuando el jóven que estaba enfermo, señora, oyó vuestros gritos, se puso furioso, y segun se dice nada pudo apaciguarle ni contenerle. El Marqués, (porque se

dice que es un Marqués, mas vos lo sabeis mejor que yo) estaba entonces en el salon con mi marido y conmigo cuando oyó el ruido: bajó á ver lo que era, y luego que llegó al cuarto donde estaba el capitan le halló peleando con el sargento: entonces el capitan se puso mas furioso que nunca, y aunque estaba sin espada y tenia un grillete á la pierna, halló medio de sacar de la vaina el sable del sargento y de arrojarse inmediatamente sobre el Marqués á quien hirió peligrosamente; despues de lo cual le sujetaron."

--"¿Con que es el Marqués el que está herido, dijo Adelina, y el capitan no?"

-- "No, no seguramente replicó la huéspeda; pero creo que dentro de poco lo pagará bien, porque el Marqués ha jurado vengarse." -- Adelina por un momento olvidó sus desgracias y peligros, con la alegría que sintió al saber que Teodoro habia escapado con vida. Continuaba informándose mas por menor de todas las particularidades, cuando los criados del Marqués entraron de nuevo en su cuarto y la anunciaron que no podian esperar por mas tiempo. Entonces Adelina, conociendo todos los males de que estaba

amenazada, hizo cuanto pudo para interesar la compasion de la huéspeda, que sin embargo estaba persuadida, ó á lo menos afectaba estarlo, de la verdad de la historia fraguada por el Marqués, y que por consecuencia se mostró insensible á cuanto la dijo. Tambien se dirigió, pero en vano, á los criados; porque no quisieron permitirla que estuviese mas tiempo en la posada, ni informarla del lugar adonde la conducian; sino que la precipitaron en la silla de posta á presencia de muchas personas ya prevenidas contra ella por las injuriosas aserciones de la huéspeda. Los conductores montaron entonces á caballo, y toda la comitiva se halló bien pronto fuera del lugar. Así se terminó una aventura que ofrecia á Adelina, no solo una perspectiva de seguridad, sino de felicidad tambien: aventura que la habia unido mas estrechamente á Teodoro, que la dió las mayores pruebas de que era digno de su amor, pero que al mismo tiempo le habia hecho esperimentar los mas crueles contratiempos, causado la prision de su generoso amante, y que á ambos los habia puesto en poder de un rival irritado por los obstáculos, los desprecios y la oposicion.

CAPITULO TERCERO.

El cirujano del lugar habiendo examinado la herida del Marqués, al momento dió su parecer sobre ella, y ordenó se le pusiese en cama; pero el Marqués, á pesar de lo malo que se hallaba, no tenia otro temor, por decirlo así, que el de perder á Adelina, por lo que declaró que dentro de algunas horas se hallaria en estado de ponerse en camino. Con semejante designio habia mandado ya que tuviesen, prontos los caballos; pero insistiendo el cirujano con seriedad, y aun con pasion, en sostener que su temeridad le haria perder la vida, se le condujo á un aposento, donde no quedó mas que su ayuda de cámara para que le cuidase. Este hombre, digno confidente de todas sus intrigas, habia sido el principal instrumento de su plan acerca de Adelina, y era quien la condujo á la casa de campo del Marqués situada á orillas de la Selva. El Marqués le habia dado órdenes ulteriores con respecto á esta desgraciada jóven; y previendo el peligro de tenerla mas lar-

go tiempo en la posada, le habia dicho así como á sus otros criados la llevasen en un coche de alquiler. Habiendo pues marchado el criado á ejecutar sus órdenes quedó el Marqués entregado á sus propias reflexiones y á la violencia del conjunto de los diferentes afectos que le combatian.

Las reconvenciones y la contínua oposicion de Teodoro, amante favorecido de Adelina, hirieron vivamente su orgullo y escitaron toda su malicia: no podia pensar en esta oposicion, que por decirlo así, habia salido victoriosa, sin esperimentar una indignacion y un resentimiento que nada podia contener sino la esperanza de verse pronto vengado.

Luego que supo la fuga de Adelina de su casa de campo, la sorpresa fue en un principio igual á su cólera; y despues de haber descargado su ira contra los criados, los envió por diferentes caminos en persecucion suya, y aun él mismo salió para la Abadía con la débil esperanza de que destituida de todo como se hallaba era posible que se hubiera refugiado allí; pero La-Motte se encontró tan sorprendido como él, y no sabiendo qué camino habia tomado Adelina, el Marqués se volvió á la casa

de campo; mas impaciente por saber algunas noticias de ella, habia hallado á algunos de sus criados que ya venian de vuelta sin haber podido indagar cosa alguna, y los que despues llegaron no fueron tampoco mas felices.

Algunos dias despues una carta del teniente coronel del regimiento le informó de que Teodoro habia dejado su compañía y estaba ausente hacia algun tiempo, sin que nadie supiese su paradero. Este informe, confirmando cierta sospecha que tenia de que Teodoro podia de un modo ó de otro haber sido partícipe en la fuga de Adelina, hizo callar todas sus otras pasiones por algun tiempo, dando lugar solo á su cólera; por lo cual habia dado órdenes de que persiguiesen al momento á Teodoro; pero entre tanto este último habia sido arrestado como ya se ha visto.

Solo porque habia observado una vez el amor naciente de Adelina y Teodoro, y por las noticias comunicadas por La-Motte, que fue testigo de su entrevista en la Selva, era por lo que el Marqués resolvió alejar de sí á un rival tan peligroso y tan propio para desbaratar todos sus planes. Habia pues dicho á Teodoro, de un modo

al parecer el mas sincero, que era necesario se reuniese al regimiento; cosa que no estrañó sino por respecto á Adelina, y que era tanto menos estraordinaria cuanto que ya habia pasado fuera del regimiento mas tiempo de lo que generalmente tenian costumbre de permanecer los oficiales que el Marqués llevaba consigo. Teodoro conocia bien el carácter del Marqués, y solo habia aceptado su convite mas bien por no faltar á las consideraciones debidas á su coronel, que con la esperanza de gozar en su compañía de muchos placeres.

El Marqués habia recibido de parte de los que arrestaron á Teodoro las instrucciones necesarias para perseguir y recobrar á Adelina; pero aun cuando hubiese efectuado su plan, estaba continuamente entregado á una pasion engañada y al furor del orgullo. Los dolores de su herida se absorvian por las penas de su espíritu, y cada angustia que sentia parecia aumentar su sed de venganza y refluir con un nuevo tormento sobre su corazon. Mientras se hallaba en este estado oyó la voz de la inocente Adelina que imploraba su proteccion; pero sus gritos no escitaron ni su justicia ni sus remordimientos; y cuando poco despues de

partir la silla estuvo cierto de que la habian llevado y que Teodoro era desgraciado, pareció sentir algun alivio en las penas de su corazon.

Teodoro en verdad esperimentaba todo cuanto padece una alma virtuosa en la opresion; pero estaba exento de las pasiones bajas y maliciosas que despedazaban el interior del Marqués, y que hacen esperimentar á los que se abandonan á ellas unos males mas rigorosos que los que pueden sugerir para el castigo de los demas: la indignacion de que podia estar animado contra el Marqués, era entonces muy secundario á su anxiedad por Adelina; su cautividad le parecia terrible, porque le impedia buscar una noble y honrosa venganza; pero era cruel, porque le privaba de los medios de salvar á aquella á quien amaba mas que á su vida.

Cuando oyó el ruido del coche que la conducia, esperimentó unas congojas tales que por poco le hicieron perder la razon: los corazones endurecidos de los que le guardaban se conmovieron de sus penas y vituperaban la conducta del Marqués esforzándose á consolar á su prisionero: el médico, que acababa de llegar, entró en el

cuarto durante este acceso de frenesí, y dando pruebas del interés que tomaba por su parte, preguntó con una sorpresa estrema ¿por qué se le habia puesto con tanta precipitacion en un cuarto tan poco á propósito para él?

Teodoro le informó de lo acaecido, de la angustia que le oprimia, y de las cadenas que le deshonraban; y advirtiendo que el médico le escuchaba con atencion y piedad, deseó instruirle de otras muchas particularidades, y suplicó á los soldados los dejasen solos; estos le obedecieron, y se pusieron fuera de la puerta.

Entonces Teodoro refirió todo lo que habia pasado en la última pendencia, y de las relaciones que le unian con el Marqués. El médico escuchó su narracion con el mayor interés, dejando frecuentemente aparecer en su rostro mucha agitacion. Luego que Teodoro acabó, permaneció algun tiempo en silencio abismado en sus pensamientos; mas saliendo al fin de su distraccion: "os compadezco, le dijo, temo demasiado que vuestro asunto no sea desesperado: el Marqués es bastante conocido para ser amado; pero no obstante nada teneis que esperar de semejante hombre, porque nada

tiene que temer. Desearia estuviese en mi mano poderos ser útil; pero no veo posibilidad alguna de ello."

—"¡Ay de mí! replicó Teodoro: mi situacion es verdaderamente desesperada; y en cuanto á esta desgraciada jóven, ¡ah!...." Los suspiros violentos le interrumpieron sin permitirle continuar. El médico espresó cuán sensible le era su dolor, y le rogó se tranquilizase. Un criado del Marqués entró á este tiempo en el cuarto, y dijo que su amo queria verle. El médico respondió que iba al instante; y habiéndose esforzado á aparentar un semblante sereno, que le fue algun tanto dificil, dió la mano á Teodoro y salió de su habitacion, prometiendo volver á verle antes que dejára la posada.

El médico halló al Marqués muy agitado de cuerpo y de espíritu, y mas aterrado por las consecuencias de su herida que lo que habia creido: su inquietud por Teodoro le sugirió un proyecto cuya ejecucion podria serle de algun provecho: despues de haber tomado el pulso á su enfermo y héchole algunas preguntas, tomó un semblante sério: el Marqués observaba todos los movimientos de su rostro, y le

mandó que dijese su parecer sin titubear.

— "Sentiria mucho asustaros, señor, pero hay mucho peligro. ¿Hace mucho que habeis recibido la herida?"

— "¡Ah buen Dios! ¿hay peligro, esclamó el Marqués, pronunciando algunas imprecaciones amargas contra Teodoro?"

— "Sí señor; seguramente que hay peligro replicó el médico: dentro de algunas horas podré aseguraros cual sea."

— "¡Algunas horas, señor, interrumpió el Marqués! ¡Algunas horas!"

El médico le suplicó se sosegase. El Marqués profiriendo un juramento dijo: "es bien fácil á un hombre que goza de salud el decir á un moribundo que se tranquilice; pero Teodoro será hecho pedazos vivo á pesar de todo el mundo."

— "Os engañais, señor, dijo el médico; si os hubiese mirado como un moribundo no os habria hablado como lo he hecho; pero es muy importante el que sepa cuánto tiempo hace que habeis sido herido." — El terror del Marqués principió entonces á calmarse; é hizo una relacion circunstanciada de la pendencia que habia

mediado entre él y Teodoro; manifestando haber sido indignamente tratado en un negocio en que habia tenido una conducta justa y humana. El médico escuchó esta relacion con frialdad; y luego que se terminó, sin hacer con este motivo comentario alguno, dijo al Marqués iba á prescribirle un medicamento que era necesario tomase al punto.

Asustado el Marqués de nuevo del tono de gravedad del médico, suplicó le dijese sinceramente si le creia en un inminente peligro: éste titubeó; lo que aumentó la inquietud del Marqués. — "Es importante, dijo éste, que conozca mi verdadera situacion." El médico le dijo entonces que si tenia algunos negocios que arreglar seria muy oportuno que se ocupase en ello, porque le era imposible preveer las consecuencias; y despues volvió la conversacion hácia Teodoro, diciendo acababa de ver al jóven oficial que estaba arrestado, esperando que no se le haria partir en el momento, porque esto seria poner su vida á riesgo. El Marqués profirió un horroroso juramento, y maldiciendo á Teodoro que le habia puesto en el estado en que se hallaba, respondió que partiria en el mismo

dia. El médico se aventuró á hablarle contra la crueldad de esta sentencia, y tratando de escitar en el Marqués un sentimiento de humanidad, defendió enérgicamente la causa de Teodoro; pero estas súplicas y estos argumentos descubrieron al Marqués una parte de su propio carácter, le hicieron escitar su resentimiento y renacer toda la violencia de sus pasiones.

Finalmente, el médico se retiró sin ninguna esperanza, despues de haber prometido al Marqués que no se apartaria de la posada. Se habia lisonjeado de que exagerando el peligro de su enfermo conseguiria alguna cosa en favor de Adelina y de Teodoro; pero su súplica produjo un efecto contrario, porque el terror de la muerte, tan terrible para la conciencia culpable del Marqués, en vez de escitar en él arrepentimiento solo sirvió para aumentar sus deseos de venganza contra un hombre que le habia reducido á tal estado. Resolvió hacer conducir á Adelina á un lugar donde, si por casualidad Teodoro lograba poderse escapar, no pudiera jamás caer en sus manos, y por este medio creyó satisfacer algun tanto su venganza: no ignoraba sin embargo

que apenas Teodoro llegase al regimiento su pérdida era cierta; porque aun cuando pudiese justificarse del crímen de desercion, debia ser necesariamente condenado por haber hecho armas contra un oficial superior.

El médico volvió al cuarto donde se hallaba Teodoro: la violencia de su dolor se habia mudado en una desesperacion tranquila mas terrible que el furor de que últimamente se habia visto agitado. Los que le custodiaban, habiendo dejado á su instancia el cuarto, el médico le repitió una parte de la conversacion que acababa de tener con el Marqués. Teodoro, despues de haberle dado gracias por sus buenos oficios, dijo que ya nada tenia que esperar, aunque con respecto á él se afligia bien poco; pero padecia mucho por su familia y por Adelina. Se informó del camino que esta habia llevado; y aun cuando no tuviese ninguna perspectiva de poder sacar partido de este conocimiento, suplicó al médico tratase de proporcionársele; pero el huésped y su muger nada sabian, ó á lo menos aparentaban ignorarlo, y era inútil dirigirse á otra persona.

El sargento entró entonces con órden

del Marqués para la partida de Teodoro, que recibió esta noticia con un semblante tranquilo, aunque el médico no pudo menos de espresar su indignacion por esta partida precipitada, y sus temores por las consecuencias que podrian seguirse. Apenas tuvo Teodoro tiempo para manifestar su reconocimiento á este amigo apreciable, antes que los soldados entrasen en el cuarto para conducirle al coche que le esperaba.

Despidiéndose de él le dejó en su mano su bolsillo, y volviéndose de repente dijo á los soldados que le condujesen; pero el médico le detuvo y se negó á recibir su espresion, con tal ardor que obligó otra vez á Teodoro á tomar su regalo. Apretó la mano de su nuevo amigo, incapaz de pronunciar una palabra, y se dirigió al coche.

Todos partieron al instante, y Teodoro se vió abandonado á la memoria de sus esperanzas, de sus penas, de su anxiedad por la suerte de Adelina, á la contemplacion de su propia desgracia y á los temores de lo que podria sucederle en lo sucesivo; porque á la verdad, con respecto á sí mismo no veia mas que la

perspectiva de una cierta ruina, y su desesperacion solo se contenia por una débil esperanza de que aquella á quien amaba mas que á su vida, podria tal vez gozar un dia de la felicidad que él no se atrevia á prometerse.

CAPITULO CUARTO.

Entre tanto la desgraciada Adelina continuó viajando toda la noche casi sin interrupcion: su espíritu se hallaba agitado en este momento con el pesar, el sentimiento de la desesperacion y el terror, en tales términos que no puede decirse lo que pensaba. El ayuda de cámara del Marqués que habia entrado en el coche con ella, pareció al principio dispuesto á darla conversacion; pero viendo la poca atencion que á sus palabras daba la prisionera, calló dejándola entregada á sus pesares.

La pareció que atravesaba varias sendas tortuosas y caminos de travesía, en los cuales el coche caminaba con tanta velocidad cuanto lo permitia la obscuridad de la noche. Luego que amaneció se hallaron en las orillas de una Selva, y allí preguntó adónde se la conducia. El criado respondió que no tenia órden de decirlo, pero que no tardaria en verlo. Adelina, que al principio habia creido se la condujese á la casa de campo, principió entonces á dudarlo; y como cualquiera otro lugar era menos terrible á su imaginacion que éste, su desesperacion principió á apaciguarse, y ya no pensó mas que en el desgraciado Teodoro que sabia deber ser la víctima de la malicia y de la venganza.

Entonces entraron en la Selva y se la vino á la imaginacion que se la conducia á la Abadía; porque aunque no tuviese ningun recuerdo del pais por donde pasaba, no era menos probable que fuese la Selva de Fontanville, cuyos límites eran demasiado estensos para que pudiese haberla recorrido en otro tiempo: esta conjetura la inspiró un terror igual al que la habia causado la idea de ir á la casa de campo; porque en la Abadía estaba en poder del Marqués y entregada á su cruel enemigo La-Motte. Su ánimo se alteró del cuadro horroroso que su imaginacion la representaba, y á medida que el coche caminaba bajo los árboles pomposos, arrojaba miradas inquietas por la portezuela, á fin de descubrir alguna cosa que pudiese confirmar ó destruir sus sospechas; pero no pasó largo tiempo sin llegar á una calle de árboles, desde la cual vió las torres lejanas de la Abadía.—

"¡Soy perdida, pues, dijo derramando lágrimas!"

Muy pronto llegaron al pié del terrado, donde descubrió á Pedro que corrió á abrir la puerta donde se habia detenido el coche. Cuando vió á Adelina pareció como sorprendido, é hizo un esfuerzo para hablar; pero el coche se adelantó entonces hácia la Abadía, y La-Motte se presentó á la puerta de la sala. Cuando vino para bajar á Adelina del coche, un temblor universal se apoderó de todos sus miembros, la costó el mayor trabajo el poderse sostener, y estuvo algunos momentos sin verle ni oirle. Él la ofreció el brazo que al principio reusó; pero despues de haber dado algunos pasos trémulos, se vió obligada á aceptarle. Ambos entraron en la sala, y sentada sobre una silla, un torrente de lágrimas corrió de sus ojos. La-Motte no interrumpió el silencio que continuó durante algun tiempo, sino que atravesó muchas veces el cuarto en la mayor agitacion. Luego que Adelina se repuso bastante para fijar la atencion en los objetos esteriores, observó su rostro, y descubrió en él el tumulto de su alma, mientras que se esforzaba en tomar un semblante de serenidad, al cual se oponian los sentimientos interiores de su conciencia.

La-Motte la tomó entonces de la mano y quiso conducirla fuera del cuarto; pero Adelina hizo un esfuerzo desesperado para inducirle á la piedad y que la salvase. Él la interrumpió: "no está en mi poder, dijo con mucha emocion; no soy dueño de mí ni de mi conducta: no me pregunteis mas; pero básteos saber que os compadezco y que no puedo hacer otra cosa."--No la dió tiempo para replicar, sino tomándola de la mano la condujo á la escalera de la torre, y de allí al cuarto que habia ocupado en otro tiempo.

--"Es necesario que permanezcais aquí, la dijo, en esta especie de prision, lo que me repugna tanto como á vos: os la haré lo menos desagradable que sea posible, y para esto ya he dado órden de que os traigan libros."

"Adelina hizo un esfuerzo para hablar; pero él dejó el cuarto con precipitacion, pareciendo avergonzarse del papel que tenia que jugar; y no queriendo fiarse en sus lágrimas, ella le oyó cerrar la puerta, y mirando hácia las ventanas descubrió que todo estaba enrejado." La puerta que conducia á los otros aposentos tambien estaban ase-

guradas. Semejantes preparativos de seguridad la chocaron, y su larga incertidumbre se mudó en una profunda desesperacion. Luego que las lágrimas que derramó la hubieron aliviado algun tanto, y que pudo volver sus pensamientos hácia otros objetos que la concernian de mas cerca, no la disgustó el hallarse en una perfecta reclusion; pues que esto la ahorraba la pena que hubiera esperimentado con la presencia de los señores La-Motte, y la permitia al mismo tiempo dar un libre curso á su dolor y á sus reflexiones, que aunque tristes, eran preferibles á las angustias que esperimenta el espíritu cuando agitado por el temor ó la inquietud, se vé obligado á tomar la apariencia de la tranquilidad.

Cerca de un cuarto de hora despues se abrió la puerta de su aposento, y Anita apareció con algun refrigerio y varios libros: manifestó su satisfaccion de volver á ver á Adelina; pero temió hablar á ésta, sabiendo probablemente que hacerlo era contrariar las órdenes de La-Motte que, segun dijo, la esperaba al pié de la escalera. Luego que marchó Anita, Adelina tomó algun alimento, lo que la era verdaderamente necesario, porque no habia tomado nada desde su salida

del meson: se alegró, mas no se sorprendió, de que Madama La-Motte no se presentase, porque conoció lo evitaba á causa de la conducta poco generosa que habia tenido con ella; y esta certidumbre la hacia conjeturar que no era seguramente su enemiga. Reflexionó tambien en las palabras de La-Motte: "yo no soy dueño de mí ni de mi conducta;" y aunque no la dejasen ver alguna esperanza, sin embargo la daban un cierto consuelo, por débil que fuese, creyendo que se compadecia de ella. Despues de haber pasado algun tiempo en estas tristes reflexiones, y formando una infinidad de conjeturas su ánimo largo tiempo agitado, parecia buscar el descanso, y se metió en la cama.

Adelina durmió tranquilamente algunas horas, y despertó mas tranquila: para prolongar esta tranquilidad momentánea, y para no entregarse á sus pensamientos, examinó los libros que La-Motte la habia enviado, y halló algunos que en tiempos mas felices habian elevado su espíritu é interesado su corazon; pero ya no surtian el mismo efecto, aunque á lo menos pudiesen suavizar durante algun tiempo las angustias y la tristeza.

Pero este remedio consolador solo tuvo

por algunos momentos el poder de las aguas del Letheo: la entrada de La-Motte hizo desaparecer las ilusiones del autor, y que volviese al sentimiento de su propia situacion. La traia el alimento, y despues de haberlo puesto sobre la mesa, se retiró sin decirla una sola palabra. Ella se esforzó aun en leer, pero la aparicion habia hecho desaparecer enteramente la especie de encanto que antes la animaba. La triste reflexion se apoderó de nuevo de su espíritu, y trajo á ella la imágen de Teodoro. ¡De Teodoro, perdido para siempre!

Entre tanto La-Motte esperimentaba todas las penas que puede sufrir una conciencia aun no enteramente endurecida con el crímen: se habia visto arrastrado por la pasion á la disipacion, y de la disipacion al vicio; pero habiendo estado una vez próximo á la infamia, sus progresos fueron tan rápidos, que habian venido á constituirle el vil instrumento de un malvado, y el destructor de una jóven inocente que la justicia y la humanidad le mandaban proteger, reflexionó sobre el papel que representaba. Esta consideracion le aterró; pero para renunciar á este papel era necesario un esfuerzo demasiado atrevido para un espíritu

ya enervado con el hábito del vicio: consideró el laberinto terrible á que se veia conducido, y percibió como por la primera vez los progresos de su crímen: su imaginacion entonces, que no podia salir de este embarazo sino por otros nuevos atentados, en vez de ocuparse en prevenir los medios de precaver la ruina de Adelina, para no ser el instrumento de ella, solamente se esforzó en hacer callar los remordimientos de su conciencia, y en persuadirse de que era menester continuar como habia principiado. Sabia que estaba en poder del Marqués, y temia á este poder mas que al castigo cierto, aunque muchas veces tardío, que persigue á los criminales: continuó en sacrificar el honor de Adelina á la tranquilidad de su conciencia y á algunos años de una miserable existencia.

Ignoraba la enfermedad del Marqués; porque de otro modo habria advertido que tenia un medio de escaparse del castigo de que estaba amenazado sin sacrificar el honor, y quizá hubiera hecho esfuerzos para salvar á Adelina fugándose con ella; pero el Marqués que habia previsto esta posibilidad, ordenó á sus criados que ocultasen cuidadosamente la circunstancia que le de-

tenia, é informasen á La-Motte de que dentro de poco se hallaria en la Abadía, mandando al mismo tiempo á su ayuda de cámara que le esperase allí.

Adelina, como él habia previsto, no tuvo ni el deseo ni ocasion de instruirle de esto; y asi La-Motte permaneció ignorante de una cosa que hubiera podido ahorrarle nuevos crímenes y á Adelina mayores males.

La-Motte no manifestaba deseos de dar á conocer á su esposa la accion que le habia puesto enteramente en la dependencia del Marqués; pero la agitacion de su espíritu le vendió: muchas veces se le escapaban durante el sueño algunas frases incoherentes, y otras muchas despertaba sobresaltado, y llamaba en altas voces á Adelina.

Estas señales de un ánimo turbado habian aterrado de tal modo á Madama La-Motte, que velaba mientras él dormia; y muy pronto consiguió formarse por las palabras que se le escapaban una idea confusa de los planes del Marqués.

Manifestó sus sospechas á La-Motte, que la vituperó de haberlas formado; pero el modo con que lo hizo aumentó sus temores

respecto de Adelina, en vez de calmarlos, y la conducta del Marqués no tardó en confirmar esto. La noche que éste vino á la Abadía creyó que cualquiera que fuese el proyecto de que se trataba, se hablaria probablemente de él: su inquietud por Adelina la hizo cometer una indiscrecion que en cualquier otro caso habria sido vituperable: dejó su cuarto, y habiéndose escondido en un aposento próximo al en que se hallaban el Marqués y su marido, escuchó su conversacion: esta recayó sobre el objeto que ella ya habia previsto, y la descubrió toda la estension de sus planes. Asustada por Adelina, y conmovida por la debilidad culpable de La-Motte, se halló por algun tiempo indecisa sobre el modo como deberia obrar: sabia que su esposo tenia grandes obligaciones respecto del Marqués, cuyos dominios le suministraban un asilo, y que estaba en poder de éste el entregarle en manos de sus enemigos: creia ademas que el Marqués obraria así si se le provocaba á ello; pero pensaba que en tal ocasion La-Motte podia tambien hallar algun medio de apaciguar al Marqués sin deshonrarse. Despues de haber hecho algunas reflexiones, se tranquilizó algun tanto su ánimo y volvió á su cuarto,

al que no tardó mucho tiempo de venir La-Motte. Sin embargo, no habia aun recobrado bastante su ánimo para luchar contra su descontento, y contra la oposicion que infaliblemente debia encontrar cuando hiciese mencion del objeto de su inquietud, y por esto se resolvió á no hablarle hasta el dia siguiente.

Al otro dia con efecto, contó á La-Motte todo lo que habia dicho en sus sueños, é hizo mencion de otras muchas circunstancias que le convencieron de que ya era imposible negar por mas tiempo la realidad de sus temores: le representó entonces cuán posible era el evitar la infamia de que iba á cubrirse, abandonando la casa del Marqués, y defendió con tanto calor á Adelina, que La-Motte en un triste silencio pareció meditar algun plan. Sin embargo, no era esto lo que ocupaba sus pensamientos: sabia que habia merecido de parte del Marqués un castigo terrible, y que si le irritaba negándose á coadyuvar sus deseos, quizá la fuga no podria sustraerle á los ojos de la Justicia y de la venganza que le perseguian sin dejarle descansar.

La-Motte reflexionó sobre el modo como instruiria á su muger de esta circunstancia; porque ya habia visto no haber otro medio de vencer su virtuosa compasion por Adelina y las desagradables consecuencias que podria acarrearle, sino oponiéndola su propio peligro; y ésto no podia hacerse sino instruyéndola de todos los males que resultarian del resentimiento del Marqués. El vicio no tenia aun bastante imperio sobre La-Motte para no avergonzarse de confesar sus faltas francamente: dudó, tartamudeó algunas palabras; pero al fin no pudiendo resolverse á entrar en los pormenores, dijo que á consecuencia de un negocio que ningunas súplicas podrian hacerle descubrir, su vida estaba en poder del Marqués: "ya ves la alternativa, añadió: escoge entre estos dos males, y sí tienes valor libra á Adelina de su peligro y sacrifica mi vida para sacarla de una situacion en que muchas mugeres se alegrarian hallarse." Madama La-Motte reducida á la horrorosa alternativa de permitir la seduccion de Adelina, ó entregar su marido á la muerte, esperimentó una agitacion que no podia determinar. Viendo no obstante que una oposicion á los designios del Marqués causaria la ruina de La-Motte y seria muy poco útil á

Adelina, resolvió ceder á las circunstancias y padecer en silencio.

En el tiempo en que Adelina formaba el plan para escaparse de la Abadía: las miradas misteriosas de Pedro habian dado algunas sospechas á La-Motte obligándole á espiarle y vigilarle de mas cerca: los habia visto separarse de la sala con alguna confusion, y en seguida los descubrió hablando en los cláustros. Unas circunstancias tan estraordinarias no le habian dejado duda de que Adelina estuviese instruida de su peligro, y de que concertase con Pedro los medios de escaparse. Aparentando estar informado de todo, habia acusado á Pedro de ser un pícaro y amenazádole con la venganza del Marqués sino descubria todo lo que sabia. Esta amenaza habia intimidado á Pedro, que imaginándose no quedaba ya ninguna posibilidad de servir á Adelina, hizo una confesion circunstanciada de todo, y prometió no decir nada á Adelina de que su proyecto estaba descubierto. Esta promesa era conforme á su inclinacion; porque temia el descontento que podria esperimentar Adelina cuando creyese haber sido vendida por él.

El dia que se habia descubierto el proyecto de Adelina, el Marqués tenia la intencion de venir á la Abadía, y se habia convenido en hacer trasladar á aquella á su casa de campo. La-Motte conoció al momento la ventaja que le redundaba en permitir á Adelina que fuese al sepulcro creyendo no ser allí descubierta. Esto debia evitar mucha turbacion, mucha oposicion y ahorrarle la pena que hubiera esperimentado en su presencia cuando llegase á saber era él quien la iba á entregar. Un criado del Marqués podia dirigirse al sepulcro en la obscuridad de la noche y llamarla, jugando el papel de Pedro: y de este modo seria conducida sin resistencia á la casa de campo, y no descubriría su error sino cuando ya fuese demasiado tarde para evitar las consecuencias de él. El Marqués llegó; La-Motte que aunque habia bebido mucho, sin embargo no habia perdido la cabeza, le informó de lo que habia sucedido y del plan que tenia formado; y el Marqués, aprobándolo, instruyó á su criado de la señal que en seguida puso á Adelina en su poder.

La vergüenza que sentia Madama La-Motte pensando en la neutralidad que

habia observado en la causa de Adelina, la hizo evitar cuidadosamente el verla por esta vez: Adelina no se sorprendió de su conducta, y se alegró de no verse obligada á volver á ver como enemiga una persona que en otro tiempo habia creido amiga suya. Muchos dias se pasaron en la soledad, en la reflexion de lo pasado y en una cruel esperanza del porvenir.

El estado peligroso de Teodoro ocupaba constantemente sus pensamientos: víctima de todos los tormentos del temor, algunas veces recorria la esfera de las posibilidades para buscar en ella alguna esperanza; pero esta se hallaba casi siempre mas allá del horizonte, y cuando aparecia debilmente, no se percibia mas que con la muerte del Marqués, cuya venganza amenazaba la ruina cierta de este jóven desgraciado.

Entre tanto el Marqués se hallaba en el meson de Baux en un estado muy incierto; el médico y el cirujano, (pues que quiso que ámbos le visitasen) sin permitirle dejar el lugar, obraban segun principios contrarios, y el buen efecto que producian las recetas del uno, muchas veces se destruia por las del otro. Solo la

humanidad obligó al médico á permanecer allí. La enfermedad del Marqués ademas de ésto, se irritaba por su carácter impaciente, los temores de la muerte y la violencia de sus pasiones. Tan pronto se creia á la muerte; tan pronto costaba trabajo impedirle que siguiese á Adelina. Aunque la fluctuacion de su espíritu era tan varia, sus proyectos se sucedian tan rápidamente unos á otros, que sus pasiones se veian en un continuo conflicto. El médico trató de convencerle de que la curacion dependia mucho de su tranquilidad, y de persuadirle que intentase á lo menos hacerse dueño de sus pasiones; pero las respuestas imperiosas del Marqués le disgustaron obligándole á guardar silencio. Al fin, el criado que habia conducido á Adelina volvió, y el Marqués habiéndole llamado á su cuarto, le hizo tantas preguntas á un tiempo, que el pobre diablo no supo responder á todas. Al fin sacó un papel doblado del bolsillo, que dijo habia dejado caer la señorita Adelina en el coche, el cual tuvo cuidado de coger imaginando que su señoría se alegraría verle. El Marqués alargó la mano con precipitacion y tomó un billete dirigido á Teodoro. Al

ver el sobre, la rabia y los celos le pusieron durante un momento que le tuvo en su mano incapaz de abrirle.

Sin embargo rompió la oblea y vió era un billete escrito á Teodoro durante su enfermedad para informarse de su salud, y que algun accidente sin duda la habia impedido enviársele. El tierno deseo que espresaba por su curacion despedazó el alma del Marqués, y le obligó á hacer la comparacion del sentimiento que habia esperimentado por la enfermedad de su rival y por la suya.

"Estaba muy inquieta por su curacion, dijo, al paso que teme la mia." Como si hubiera querido prolongar el martirio que este billete le causaba, le leyó de nuevo, y de nuevo maldijo su suerte, y á su rival, abandonando como de ordinario á todo el esceso de sus pasiones. Por último iba á arrojarle, cuando su vista se fijó en el sello y le consideró con atencion. Entonces su cólera pareció calmarse; puso cuidadosamente el billete en su cartera, y durante algun tiempo quedó como absorto en sus pensamientos.

Despues de muchos dias de temor y de esperanza, la fuerza de su temperamento triunfó de su enfermedad; y se halló bastante fuerte para escribir muchas cartas una de las cuales era para preparar á La-Motte á su recibimiento. La misma política que le habia obligado á callar su enfermedad á La-Motte, le hizo entonces aventurar una cosa que sabia bien no podia efectuar; esto es, le dijo se hallaria en la Abadía al dia siguiente de la llegada de su criado: repitió las instrucciones de que Adelina fuese estrechamente guardada, y renovó sus promesas de recompensa por los servicios que La-Motte le hiciese.

Éste, que cada dia estaba mas sorprendido de la ausencia del Marqués, recibió la noticia con disgusto, porque principiaba á esperar que aquel mudaria de intencion con respecto á Adelina, ya fuese que se hubiera enredado en alguna nueva aventura, ó ya que se viese obligado á ir á visitar sus estados á alguna parte lejana de la provincia, y seguramente se habria alegrado mucho de libertarse de este modo de un negocio que debia cubrirle de tanta infamia.

Pero con la llegada del criado se desvaneció por entonces esta esperanza, y

mandó á su esposa hiciese los preparativos necesarios para recibir al Marqués. Adelina habia pasado todos estos dias en un estado de incertidumbre, ya animada por los rayos de la esperanza, y ya obscurecidos éstos por las sombrías nubes de la desesperacion. Esta demora tan fuera de su esperanza, parecia probar que la enfermedad del Marqués era muy séria, y cuando consideraba las consecuencias de su curacion no podia disgustarse de que ésta se retardase algun tanto. La idea de este ser la era de tal modo odiosa, que no quiso permitir á su boca el pronunciar su nombre, ni hacer á nadie una pregunta tan necesaria á la paz de su alma.

Cerca de una semana despues de la carta del Marqués, fue cuando Adelina descubrió un dia desde su ventana una multitud de hombres á caballo que entraban en la calle de árboles, en cuya tropa reconoció al Marqués y su comitiva. Se retiró al momento de la ventana en un estado imposible de describirse, y arrojándose sobre una silla, permaneció durante algun tiempo insensible á los objetos que la rodeaban. Cuando volvió de

su primer terror que habia escitado la aparicion del Marqués, se dirigió á la ventana: la comitiva ya no se veia; pero oyó las pisadas de los caballos y conoció que el Marqués daba la vuelta para llegar á la gran puerta de la Abadía. Imploró la proteccion y el apoyo del cielo, y habiéndose recobrado algun tanto se sentó esperando el fin de este suceso.

La-Motte recibió al Marqués manifestando su sorpresa por una ausencia tan larga, y éste contentándose con decirle que le habia detenido una enfermedad, preguntó al punto por Adelina. Se le dijo que estaba en su cuarto de donde podria hacérsela venir si deseaba verla: el Marqués dudó algun tiempo, y al fin se negó á ello; pero mandó se la guardase con gran cuidado. "Quizá, señor, dijo La-Motte sonriéndose, Adelina ha sido demasiado rebelde á vuestra pasion, pues que pareceis tomar menos interés en ella que otras veces."

— ¡Oh! nada de eso, replicó el Marqués; me interesa ahora mas que nunca, y de tal modo, que no podria vigilarla mas de cerca: por eso es, La-Motte, por lo que os pido no permitais á nadie que se

acerque á ella, á menos que no esteis presente. ¿El cuarto en que se la ha puesto es bien seguro? -- La-Motte le dijo que estaba perfectamente seguro; pero espresó al mismo tiempo sus deseos de que fuese conducida á su casa de campo. « Si ella encontrase medios de escapar, dijo La-Motte, sé lo que debo esperar de vuestra cólera, y esta reflexion me tiene en una continua inquietud. »

-- « Eso no puede ser ahora, dijo el Marqués; está mas segura aquí; y haceis mal en tener el menor temor sobre su fuga, si verdaderamente su cuarto está tan guardado como decis. »

-- « No tengo ningun motivo de engañaros, señor. »

-- No lo supongo tampoco, dijo el Marqués; pero guardadla con cuidado, y estad cierto de que no se escapará: puedo contar con mi criado, y si lo deseais os lo dejaré aquí. » -- La-Motte creyó que ésto era inútil, y se convino en que partiria.

El Marqués despues de cerca de una media hora de conversacion secreta con La-Motte partió, y Adelina le vió marchar con una mezcla de sorpresa y de reconocimiento que al pronto pensó la sofocase. Habia esperado de momento en momento la hiciesen parecer ante él, y se habia esforzado en armarse de bastante valor para sostener su presencia. Á cada voz que oía abajo, prestaba el oido, y á cada paso que se sentia en la galería su corazon palpitaba de temor de que no fuese La-Motte que viniese en busca suya para conducirla ante el Marqués. Este estado de padecer se habia prolongado casi mas allá de lo que sus fuerzas podian, cuando oyó muchas voces debajo de la ventana y vió al Marqués que se marchaba. Despues de haberse abandonado á la alegría y al reconocimiento que agitaba su corazon, trató de penetrar la razon de esta circunstancia, que, atendido todo lo que habia pasado, la parecia muy singular, mas la encontró seguramente inesplicable; y despues de haber reflexionado largo tiempo en vano, dejó este pensamiento, esforzándose á creer que no podia menos de ser de buen agüero.

El tiempo de las visitas acostumbradas de La-Motte se acercaba; Adelina le esperaba temblando y con la esperanza de saber que el Marqués habia cesado en su

persecucion; pero, como de ordinario, le vió taciturno y pensativo, y solo al tiempo que iba á dejar el cuarto fue cuando le preguntó, ¿qué dia volveria el Marqués? « La-Motte, abriendo la puerta para marcharse, respondió : mañana. » Adelina, á quien el temor y la delicadeza contenian, vió que no podia tener ninguna noticia de Teodoro sino por una pregunta directa: miró atentamente á La-Motte como si quisiera hablarle, y La-Motte se detuvo; pero ella se avergonzó y guardó silencio, hasta que viendo que iba á retirarse volvió á llamarle aunque con timidez. — « Querria dijo, que me diéseis algunas noticias del desgraciado caballero que ha incurrido en la indignacion del Marqués esforzándose á servirme. ¿No ha hecho el Marqués ninguna mencion de él?

— « Sí, respondió La-Motte: vuestra indiferencia por el Marqués no necesita ahora mas esplicaciones. »

— « Pues que debo resentirme de los que me injurian, dijo Adelina, justo será que conserve un eterno reconocimiento hácia aquellos que me sirven: si el Marqués hubiese merecido mi estimacion, probablemente yo se la hubiera concedido. »

— « Y bien; replicó La-Motte: ese jóven héroe, ese Teodoro, á lo que parece ha sido bastante atrevido para levantar la mano contra su coronel; mas ya está bien guardado, y no dudo que reciba muy pronto el premio de su caballería. » — La indignacion, el pesar y el temor se agitaron en el pecho de Adelina, que tuvo á menos dar á La-Motte una segunda ocasion de pronunciar el nombre de Teodoro. Sin embargo la incertidumbre cruel en que se encontraba la obligó á preguntar si el Marqués habia recibido noticias suyas despues de su partida de Baux. — « Sí, dijo La-Motte, ha sido conducido, bajo buena custodia, á su regimiento, donde está preso hasta que el Marques pueda comparecer contra él. » Adelina no tuvo ni la fuerza ni el deseo de saber mas; y habiendo salido La-Motte, se vió de nuevo víctima del dolor que acababa de renovársela, aunque este informe no contuviese ninguna nueva circunstancia de desgracia; porque solo habia oido la confirmacion de lo que siempre esperaba. Un aumento de pesar pareció apoderarse de su corazon, y conoció habia conservado muy fuera de propósito una

débil esperanza de que Teodoro pudiese escaparse antes de llegar á su destino: toda esperanza se veia entonces perdida; su amante esperimentaba las penas, los horrores de una prision y los tormentos del temor tanto por su propia seguridad como por la de Adelina. Ésta se representaba el sombrío y húmedo calabozo en que estaba cargado de cadenas y desfigurado por la palidez del sentimiento y de la enfermedad: le oia repetir su nombre con una voz que le despedazaba el corazon, y le veia levantar los ojos al cielo y suplicar en silencio; y acordándose al mismo tiempo de la conducta generosa que le habia sumido en este abismo de miseria, y que era por ella por quien padecia, su dolor se cambiaba en desesperacion, sus lágrimas dejaban de correr, y caia en silencio en un entorpecimiento terrible.

Al dia siguiente vino el Marqués y se volvió otra vez como antes. Muchos dias pasaron sin verle; al fin una tarde mientras que La-Motte y su muger se hallaban en su habitacion ordinaria, entró y habló durante algun tiempo sobre diferentes cosas. En seguida cayó en una profunda meditacion y despues de un

intervalo de silencio se levantó y llevó á La-Motte hácia la ventana. "Querria hablaros en particular, dijo, si vuestro tiempo os lo permite; pues en este caso se reservará para otro dia." La-Motte, asegurándole que nada tenia que hacer, quiso conducirle á otra pieza; pero el Marqués le propuso un paseo por la Selva. Ambos salieron juntos, y luego que llegaron á una calle solitaria, donde las espesas ramas de las hayas y encinas aumentaban las sombras del crepúsculo y derramaban en derredor una sombra magestuosa; el Marqués, volviéndose hácia La-Motte, le dijo.

"La-Motte, vuestra condicion no es feliz: esta Abadía es una triste residencia para un hombre como vos que ama la sociedad y ha nacido para adornarla." La-Motte le hizo una profunda cortesía. "Querria estuviese en mi poder volveros al mundo, añadió el Marqués; quizá si yo conociese las particularidades que os han hecho retirar de él, podria con mi crédito serviros eficazmente. Parece habeis querido darme á entender que vuestro destierro es un asunto de honor." La-Motte guardó silencio. "Sin embargo no

es mi pensamiento el de causaros pena; no es la curiosidad la que me obliga á haceros estas preguntas, sino un deseo sincero de seros útil. Ya me habeis instruido de muchas particularidades de vuestras desgracias, y pienso que vuestra generosidad os ha hecho hacer unos gastos que os habeis esforzado á recuperar con el juego."

"Si señor, dijo La-Motte, es cierto que he disipado la mayor parte de una brillante fortuna, y que en seguida he empleado medios poco decentes para repararla: pero os suplico no me insteis mas sobre este objeto: querria, si fuese posible, perder la memoria de un asunto que será siempre un peso para mí, y de las rigorosas consecuencias de que temo demasiado no esté en vuestro poder sustraerme."

— "Podréis quizá engañaros replicó el Marqués: repito que tengo mucho crédito en la Córte: no temais ninguna censura de mi parte; no soy inclinado á juzgar con severidad las faltas de los demas; sé tomar en consideracion la necesidad de las circunstancias, y pienso, La-Motte, que hasta ahora no teneis motivo de quejaros de mi amistad."

— "No, seguramente, señor."

— "Cuando os acordeis que os he perdonado cierto asunto muy reciente....." — Si señor, cierto; y permitidme deciros que no puedo ser mas sensible á vuestra generosidad: el asunto de que me haceis mencion es sin duda el mas criminal de mi vida, y por esto lo que voy á contaros no podrá hacerme decaer mas de vuestra opinion. Luego que hube disipado la mayor parte de mis riquezas en los placeres y en los desórdenes, recurrí al juego para suplir á los medios de continuar la misma vida. Una felicidad momentánea me puso por algun tiempo en estado de hacerlo; y creyendo que no me abandonaria jamás, continué del mismo modo.

Á poco despues un revés de fortuna destruyó todas mis esperanzas y me sumergió en la mas horrorosa de las miserias. En una sola noche ví reducida mi riqueza á solos doscientos luises. Me determiné tambien á aventurarlos, y mi vida al mismo tiempo, porque habia resuelto no sobrevivir á mi pérdida. Jamás olvidaré los horrores de este momento del que dependia mi destino, ni las angustias morta-

les que esperimenté cuando ví mi última puesta perdida. Permanecí por algun tiempo petrificado; pero escitado por el peso de mis desgracias, la cólera me hizo vomitar una multitud de imprecaciones contra mis rivales mas afortunados, y me entregué á todo el frenesí de la desesperacion."

"Durante este acceso de locura, una persona que habia observado cuanto pasó, se acercó á mí." — ¿Sois desgraciado, señor? me dijo. — "No tengo necesidad de que se me diga, respondí yo."

"Quizá os ha maltratado la fortuna."

— "Si señor; porque me veo arruinado, y por esto puede decirse que he sido maltratado."

— "¿Conoceis las personas con quienes acabais de jugar?..... Quizá me engañaré" dijo, y se marchó. — Sus últimas palabras me dieron en que pensar, é hicieron nacer en mí alguna esperanza de que mi dinero no habia sido bien ganado: queriendo saber mas, busqué á este caballero, pero habia salido. Moderé no obstante mis transportes; volví á la mesa donde habia perdido el dinero; me puse detrás de la silla de uno de los que me le habian ganado y le observé de cerca. Estuve algun tiempo sin notar nada

que pudiese confirmar mis sospechas; pero al fin me convencí de que estas eran justas.

"Cuando se acabó el juego llevé á un lado á uno de mis adversarios, y diciéndole lo que habia notado, le amenacé de descubrirle inmediatamente sino me devolvia mi dinero: por algun tiempo se mantuvo firme en negar, y tomando un tono imponente me amenazó que me haria arrepentir de mis aserciones calumniosas; pero yo me hallaba ya en un estado en que el temor no tenia ningun imperio sobre mí, y sus modales solo sirvieron para irritar mi ánimo ya bastante agriado por el infortunio. Despues de haber respondido á sus amenazas iba á volver al cuarto que acabábamos de dejar, y á instruir á los concurrentes de lo que habia pasado, cuando mi hombre, con una sonrisa insidiosa y una voz suave, me suplicó le concediese un momento para hablar á un amigo suyo: dudé rendirme á esta última peticion; pero en el mismo instante éste entró en el cuarto. Su asociado le contó en pocas palabras lo que habia habido entre ambos, y el terror pintado sobre su rostro probó suficientemente la certidumbre de su crimen.

Ambos se apartaron á un rincon del

cuarto, y hablaron en secreto algunos minutos; despues de los cuales se acercaron á mí ofreciéndome, segun ellos, un compromiso ó mas bien una transaccion. Yo declaré sin embargo que no suscribia á ninguna condicion de esta naturaleza, y juré que se me habia de volver toda la suma que habia perdido. -- ¿No es posible, señor, que se os ofrezca alguna cosa tan ventajosa como toda la suma? -- No comprendí lo que querian decir; pero despues de muchas frases de esta especie, que todas se dirigian á darme ideas de lo que ellos entendian, se esplicaron claramente.

"Viendo que su reputacion estaba enteramente en mis manos, quisieron atraerme á su partido; y por esto, despues de haberme informado de que pertenecian á una sociedad de hombres que vivian de las locuras é inesperiencia de los demas, me ofrecieron una parte en sus utilidades. Mi fortuna era desesperada, y la proposicion que me hacian me suministraba no solamente dinero para el momento, sino que me ponian en estado de volver á aquellas escenas de placer á que me habian conducido en un principio mis pasiones, y que el hábito me hacia siempre amar. Acepté el ofreci-

miento, y pasé de este modo de la disipacion á la infamia."

La-Motte se detuvo como si la memoria de estos tiempos le hubiese llenado de remordimientos. El Marqués advirtió lo que esperimentaba. Vos me juzgais con demasiado rigor, le dijo; pero pocas personas (cualquiera que sea la apariencia de honradez que manifiesten) en semejantes circunstancias habrian dejado de hacer quizá otro tanto que vós. Si yo me hubiese hallado en vuestra situacion, no sé como hubiera obrado: la rígida virtud, susceptible de condenaros, puede honrarse con el nombre de sabiduría; pero no deseó poseerla: permanezca donde se la halla generalmente; esto es, en el seno helado de esos seres que privados de la sensibilidad necesaria para ser hombres, se califican con el título de filósofos. Pero os suplico continueis.

--"Nuestros sucesos durante algun tiempo fueron bien, y tuvimos ganancias inmensas, porque gobernábamos la rueda de la fortuna sin fiarnos en sus caprichos naturalmente encontrados y libertinos: mis gastos fueron iguales á mis rentas; mas un jóven señor, descubrió al fin las picardías de nuestra sociedad, lo que nos obligó á obrar du-

rante algun tiempo con la mayor circunspeccion."

"Seria fastidioso entrar en todos los pormenores; pero al fin nos hicimos tan sospechosos, que los cumplimientos fingidos y la fria reserva de nuestros conocimientos nos hicieron penosa la frecuentacion de las reuniones. Volvimos entonces nuestros pensamientos á otros medios de conseguir dinero, y una estafa, en la cual entré mediante una suma considerable, me obligó á dejar á París. Lo demas, señor, ya lo sabeis." La-Motte calló y el Marqués continuó hablando entre sí. "Ya veis, señor, que mi caso es desesperado."

—"Á la verdad es bien malo; pero sin embargo, si volviéseis al mundo y os halláseis en el caso de veros perseguido, pienso que el crédito que yo gozo con el Ministro podria ahorraros todo castigo rigoroso. Parece sin embargo que habeis perdido el gusto de la sociedad, y que no pensais volver á ella."

—"¡Ó señor! ¿podreis dudar de esto? Pero estoy confuso del esceso de vuestras bondades. ¡Pluguiese al cielo estuviera en mi poder probaros el reconocimiento que ellas me inspiran!"

—"No hableis de mis bondades, dijo el Marqués: no pretendo que el deseo que tengo de serviros no tenga un cierto grado de interés: no afecto ser mas que un hombre; estad seguro que los que lo pretenden, lo son menos: en vuestra mano está el darme pruebas del reconocimiento que me mostrais, y de reunirme para siempre á vuestros intereses." Aquí se detuvo. "Decidme lo que es necesario hacer para ello, esclamó La-Motte; decidme lo que es necesario hacer; y si esto está en la mano del hombre, vivid seguro de que lo ejecutaré." El Marqués continuó guardando silencio. "¿Dudais de mi sinceridad, señor? Vuestro silencio me ofende. ¿Temeis fiaros de un hombre que os está tan obligado, que no vive sino por vuestra misericordia, y casi por vuestros beneficios?" El Marqués le miró atentamente, pero no le dijo cosa alguna. —"No he merecido esto de vuestra parte, señor; hablad, os lo suplico."

—"Hay ciertas preocupaciones unidas al espíritu humano, dijo el Marqués en voz baja y con un tono solemne (*), que

(*) Todo cuanto en este discurso vá á deci
el Marqués de Montalto, prueba la maldad que

exigen toda nuestra sabiduría para impedir que dañen á nuestra felicidad; ciertas nociones adquiridas en la infancia, é involuntariamente sostenidas por la edad, que crecen y usurpan un ascendiente tal, que existen muy pocos individuos en los paises civilizados que puedan hacerse superiores á ellas. La verdad muchas veces es pervertida por la educacion, y entre los europeos civilizados se alaban de un punto de honor y de una escelente virtud que los conduce muchas veces del placer á la miseria, y de la naturaleza al error: el sencillo americano sin artificio sigue el impulso de su corazon y obedece la inspiracion de la sabiduría" El Marqués se detuvo, y La-Motte continuó escuchándole con la atencion mas impaciente.

puede abrigar un corazon perverso connaturalizado con el crímen, y las máximas y sofismas de que se valen los llamados filósofos despreocupados, ó lo que es lo mismo los malvados, para seducir y atraer á sus miras á los incautos familiarizándolos con el delito, y haciendo mirar á éste con menos horror que el que debe inspirar á un alma criada por la religion y la humanidad. ¡Huyamos de semejantes mónstruos; ¡y ojalá este discurso la haga caer la máscara enseñándonos á conocerlos! (*Nota del Traductor.*)

"La naturaleza que no se pica de un falso razonamiento, continuó el Marqués, obra siempre del mismo modo en los grandes accidentes de la vida: el indiano descubre que su amigo es un pícaro y le mata: el salvaje de Asia hace otro tanto: el turco, cuando la ambicion le domina ó cuando la venganza le provoca, sacia su pasion á costa de la vida, y no le llama un asesinato: aun el italiano movido por los celos, ó seducido por la perspectiva de algunas grandes ventajas, saca su puñal y consigue sus fines: la primera prueba de un espíritu superior es la de hacerse dueño de las preocupaciones de su pais y de la educacion. ¿No decis nada, La-Motte? ¿No sois de mi opinion?

--"Escucho vuestros argumentos señor; pero no sé adónde van á parar."

--"Hay á la verdad, dijo el Marqués, unos espíritus tan débiles, que no se atreven á hacer cosas que estan acostumbrados á mirar como malas por muy ventajosas que puedan serles: jamás se dejan guiar por las circunstancias, sino que adoptan un plan constante de vida del que jamás quieren separarse por ninguna consideracion. El conservarse á sí mismo es la primera ley de la

naturaleza: cuando un insecto nos perjudica ó un animal carnívoro nos amenaza no pensamos mas que en matarle: cuando mi vida, ó lo que es esencial á mi vida, ó aun alguna pasion invencible lo exigiese, seria un loco en dudar hacerlo. Creo La-Motte que puedo fiarme de vos. Hay medios para hacer ciertas cosas. -- Ya me ois, hay momentos, circunstancias y ocasiones.--¿No sabeis lo que quiero decir?"

-- "Esplicáos, señor."

-- "Hay servicios de amigo que..... en una palabra, hay servicios que escitan todo nuestro reconocimiento y que no creemos jamás haber pagado bastante: en vuestra mano está ponerlos en este caso."

-- "¡Ah señor! Decidme como."

-- "Ya os lo he dicho. Esta Abadía es muy cómoda para esto: está al abrigo de una vista perspicaz; se puede entre estas paredes ocultar todo lo que quiera hacerse: la hora de media noche es muy á propósito para un acto cualquiera, y la aurora no le descubrirá: estos bosques son demasiado discretos: ¡ah La-Motte! Tengo motivos para confiaros este negocio. ¿Puedo creer que deseais servirme y conservaros? El Marqués calló y miró atentamente á La-

Motte, cuyo rostro apenas se veia en la obscuridad de la noche."

-- "Señor, podeis fiaros de mí para todo. Esplicaos con mas claridad."

-- "¿Qué prenda me dareis de vuestra felicidad?"

-- "Mi vida, señor, ¿no está ya en vuestras manos?" -- El Marqués dudó algun tiempo, y le dijo. "Mañana, como á esta hora, poco mas ó menos, volveré á la Abadía, y os esplicaré lo que quiero deciros; pues ya veo que no lo habeis comprendido: entre tanto consultad con vos mismo, y examinad hasta qué punto os hallais en estado de cumplir vuestra resolucion, y estad pronto á aceptar la proposicion que tengo que haceros, ó á decir que no quereis." La-Motte quiso responder y lo hizo con la mayor turbacion sin saber apenas las palabras que articulaba. "Á Dios, hasta mañana, dijo el Marqués: acordáos que la opulencia y la libertad se presentan actualmente delante de vos." Con esto se acercaron á la Abadía: el Marqués montó á caballo y se alejó con su comitiva, y La-Motte volvió tristemente á su casa, reflexionando sobre esta última conversacion.

CAPITULO QUINTO.

El Marqués fue puntual. La-Motte le recibió á la puerta; pero se negó á entrar, diciendo que seria mejor pasearse en la Selva, por lo cual La-Motte le acompañó á ella y despues de una conversacion general. "Y bien, dijo el Marqués: ¿habeis reflexionado sobre lo que os he dicho y os decidireis luego?"

—"Si señor, yo me determinaré luego que os digneis esplicaros mas ámpliamente: hasta entonces no puedo tomar ninguna resolucion."

El Marqués se mostró algun tanto disgustado y guardó por algun tiempo silencio, y tomando en seguida la palabra. "¿Es posible, añadió que no me hayais comprendido? Esta es seguramente una ignorancia afectada de vuestra parte. La-Motte, sed franco; ¿tengo necesidad de deciros mas?" Si señor, respondió La-Motte con ardor: si temeis confiaros de mí, ¿cómo es posible que pueda llenar completamente vuestras ideas?

—"Antes de ir mas lejos, dijo el Marqués, juradme guardar el secreto; pero esto es casi inútil, porque cuando vuestra palabra de honor me pareciese sospechosa, la memoria de un cierto negocio os demostraria la necesidad de ser vos mismo tan circunspecto, cuanto querriais que yo lo fuese." Se siguió entonces un pequeño intervalo de silencio durante el cual el Marqués y La-Motte manifestaron algunas señales de confusion, y despues el primero continuó así. "La-Motte, ya os he dado pruebas bastantes de mi generosidad; los servicios que me habeis hecho con respecto á Adelina no han quedado seguramente sin recompensa."

—"Es cierto, señor, convengo en ello; y á la verdad siento que no esté en mi poder serviros con mas eficacia. Me hallo pronto á favorecer todos los demas proyectos que podais tener respecto de Adelina." — Os doy gracias..... Adelina..... "El Marqués dudó por un momento." Adelina, continuó La-Motte, deseoso de adivinar sus designios, es de una belleza digna de apreciarse y de que se la busque: ha hecho nacer en vos una pasion de que debe seguramente envanecerse; y en todo evento es preciso que

sea vuestra: sus gracias son dignas de.....

-- ¡Oh! sí, interrumpió el Marqués..... mas..... Aquí se detuvo. -- Mas su persecucion os ha costado bastantes penas, dijo La-Motte, y es necesario convenir en esto, señor; pero todo ello ha pasado, y ahora podreis mirarla como vuestra.

-- "Bien querria que fuese así, respondió el Marqués, mirando atentamente á La-Motte. -- Bien querria que fuese así.

-- Acabad, señor, no sereis interrumpido. -- Una belleza tal como Adelina..... "

-- Vigiladla cuidadosamente, interrumpió el Marqués, y no permitais que bajo ningun pretesto deje su habitacion. ¿Dónde está ahora?

-- "Está en su cuarto."

-- Muy bien; pero estoy impaciente. -- Fijadme el tiempo, señor.....

-- Mañana á la noche, mañana á la noche; ¿me entendeis ahora?

-- Sí señor; esta noche si quereis: ¿pero no hareis mejor en despedir vuestros criados y permanecer vos mismo en la Selva? Conoceis la puerta de la torre del Oeste que da sobre aquella: hallaos allí á media noche, yo os conduciré á su cuarto. Acordaos, pues, señor, que esta noche...."

-- "Adelina muere, le interrumpió el Marqués con una voz baja y feroz. ¿Me comprendeis ahora, señor?" -- Al oir esto La-Motte retrocedió lleno de terror.

-- ¡La Motte!..... dijo el Marqués. Se siguió á esto un silencio de algunos momentos durante el cual La-Motte trató de recobrarse. "Permitidme señor, dijo luego que tomó algun tanto de aliento, permitidme que os pregunte ¿qué es lo que quiere decir esto? ¿Por qué deseais la muerte de Adelina? ¿De esta Adelina á quien amais tanto?"

-- "No os incomodeis por los motivos que tengo, dijo el Marqués; pero por mi existencia es necesario que la que acabais de nombrar muera."

El horror de La-Motte fue igual á su sorpresa. "Hay diferentes modos para esto, repuso el Marqués; habria deseado no derramar sangre, y se encuentran varias drogas cuyo efecto es pronto y seguro; pero para esto seria necesario tiempo para proporcionarlas, y seria tambien muy peligroso hacerlo; por otra parte yo desearia que este negocio se terminase pronto. -- Sí, seguramente es necesario concluirle. -- Esta noche."

—"¿Esta noche, señor?"

—"Sí, esta noche, La-Motte. Si así debe ser, ¿para qué diferirlo? ¿No teneis ningun ingrediente para conseguirlo?"

—"Ninguno, señor."

—"No he querido fiarme de un tercero, con lo cual me hubiera provisto, dijo el Marqués; pero pues que esto es así, tomad este puñal, y servios de él cuando la ocasion se presente; pero tened firmeza." La-Motte recibió el puñal con una mano trémula, y le miró durante algun tiempo con un terror inesplicable, sabiendo apenas lo que hacia. "Empuñadle, dijo el Marqués, y tratad de tranquilizaros." La-Motte obedece, pero continúa reflexionando en silen cio.

Se vió cogido en las redes que su crímen habia tendido; viéndose en poder del Marqués vió tambien que era necesario cometer un nuevo delito, cuya enormidad le horrorizaba, por muy depravado que fuese, ó que sacrificase su fortuna, su libertad, y probablemente su vida, si trataba de negarse á cometerle. Por grados habia sido conducido desde la ociosidad al vicio, y veia ante sí un abismo de crímenes que hubiera aterrado á un corazon inaccesible por

mucho tiempo al remordimiento. Retroceder era ya una medida desesperada; pero tambien era igualmente peligroso el avanzar.

Cuando consideraba la inocencia y el desamparo de Adelina, su estado de huérfana, su conducta afectuosa y su confianza en su proteccion, su corazon se hallaba movido de piedad por los males que la habia causado: temblaba de terror al solo pensar el crímen que se le queria hacer cometer; pero por otro lado cuando reflexionaba en las ventajas que se le habian ofrecido de favorecer su libertad y probablemente de aumentar su fortuna, estas consideraciones casi le hacian ahogar el grito interior de su conciencia. En este estado tumultuoso de incertidumbre permaneció en silencio durante algun tiempo, hasta que la voz del Marqués le convenció de la necesidad de aparentar á lo menos que condescendia con sus deseos.

—"¿Dudais, dijo el Marqués? —" No señor; mi resolucion está tomada..... os obedeceré; pero me parece que seria mejor evitar el derramamiento de sangre. Hay muy estraños secretos que se han descubierto por..... —

"Sí, pero el medio de evitarlos inter-

rumpió el Marqués..... No me espondré, pues, á comprar un veneno: os he dado un instrumento de muerte cierta: puede ser que os fuese mas peligroso el buscar drogas para cometer el crímen de otro modo." La-Motte vió demasiado bien que no podia comprar veneno sin esponerse, y sin un peligro mayor que el que queria evitar. "Teneis razon, señor, yo seguiré exactamente vuestras órdenes." El Marqués continuó entonces con frases interrumpidas dándole mas instrucciones para esta escena atroz.

"Durante su sueño, dijo..... á media noche..... entonces toda la familia dormirá." En seguida forjaron una historia para dar un colorido al desaparecimiento de Adelina que debia seguirse inmediatamente. Ella habria tratado de escaparse en virtud de su aversion y de las instigaciones del Marqués: las puertas de su cuarto y de la torre del Oeste debian dejarse abiertas para confirmar esta relacion, y se debian tambien hallar otras circunstancias que viniesen en apoyo de esta sospecha. Consultaron asimismo sobre el modo con que el Marqués se informaria de este suceso; y se convino en que vendria como tenia de cos-

tumbre á la Abadía al dia siguiente." *En esta noche pues*, dijo el Marqués. ¿Puedo contar con vuestra resolucion?

—"Seguramente, señor, podeis contar con ella."

—"Pues á Dios, hasta la vista."

—"Cuando nos volvamos á ver será negocio concluido." — En seguida siguió al Marqués á la Abadía, y despues de haberle visto montar á caballo y dádole las buenas noches se retiró á su cuarto y se encerró en él.

Entre tanto Adelina en la soledad de su prision se abandonaba al desconsuelo que su situacion la inspiraba: trató de coordinar sus ideas y de familiarizarse con la resignacion; pero la reflexion, recordándola lo pasado y ofreciéndola una perspectiva tan pésima para lo venidero, la presentaba á su espíritu un cuadro completo de su desgracia y la ponia en el colmo de la desesperacion. No podia pensar en Teodoro, que la habia dado tantas pruebas de su pasion con una conducta tan noble, y que no habia temido perderse por ella, sin esperimentar una sensacion dolorosa, mucho mas fuerte que la que hubiera sentido en cualquiera otra circunstancia.

Teodoro padeciendo..... Teodoro mo-

ribundo..... Siempre estaba presente á su imaginacion, y desviando muchas veces el sentimiento de sus propios peligros, no la dejaba pensar mas que en el de aquel. Algunas veces se presentaba á su memoria; la esperanza que veia de justificar su conducta, ó á lo menos de conseguir su perdon; pero esto era como un débil rayo del sol de Abril, como una esperanza pasagera y frívola; pues sabia que el Marqués, inflamado por sus celos y ardiendo en el deseo de vengarse, le perseguiria con un aborrecimiento implacable.

¡Qué tenia Teodoro que oponer á semejante adversario! La rectitud de sus intenciones no podia serle de ninguna utilidad para parar el golpe que una pasion engañada y el orgullo de un poderoso dirigian contra él. Lo que ponia el colmo á su dolor era la reflexion de que ninguna noticia de su suerte podia llegarla á la Abadía, y que se veia obligada á permanecer cierto tiempo, y quizá para siempre, en la mas cruel incertidumbre con respecto á la suerte de este desgraciado: no veia ninguna posibilidad de escaparse de la Abadía; estaba prisionera en un cuarto del cual estaban tomadas todas las salidas; y no tenia

ninguna ocasion para hablar con persona alguna que pudiese darla la menor esperanza de socorro; y se veia condenada á esperar en silencio el momento fatal mucho mas terrible á su imaginacion que la muerte misma.

En semejante situacion sucumbia bajo el peso de su desgracia: permanecia horas enteras sentada sin movimiento, y absorta en sus reflexiones. "¡Teodoro esclamó muchas veces! No podreis oir mi voz; no podreis volar á mi socorro, pues que estais preso entre cadenas."

Esta idea era demasiado horrorosa; las angustias de su corazon ahogaban su voz; lágrimas amargas corrian por sus bellas mejillas.....; en fin era insensible á toda otra cosa que no fuese la desgracia de Teodoro. En esta misma tarde su espíritu habia gozado un momento de tranquilidad mirando por su ventana con una dulce melancolía al sol al tiempo de ponerse: el resplandor pasagero del horizonte occidental, y la aproximacion gradual del crepúsculo, retraia sus pensamientos hácia el tiempo en que en circunstancias mas felices habia considerado estos mismos objetos. Se recordaba tambien de su fuga momentánea de la Aba-

día cuando desde la misma ventana habia esperado que el sol se pusiese. ¡Con cuánta inquietud habia esperado la caida del crepúsculo! ¡Cuántos esfuerzos habia hecho para prevenir los sucesos de su vida futura! Pero con qué terror habia bajado desde la torre y se habia aventurado á entrar en la Selva! Estas reflexiones hacian nacer otras que llenaban su corazon de tristeza y sus ojos de lágrimas.

Mientras que se hallaba sepultada en estos tristes pensamientos, descubrió al Marqués que montaba á caballo y se apartaba de la puerta de la Abadía. Á vista de semejante ser, se reanimó en toda su fuerza el sentimiento de los males que hacia sufrir á su querido Teodoro y de las desgracias que la amenazaban mas directamente; se apartó de la ventana derramando un torrente de lágrimas, las cuales, habiendo continuado durante algun tiempo, agotaron totalmente sus fuerzas, y se vió obligada á meterse en la cama temprano.

La-Motte permaneció en su cuarto hasta la hora de la cena: sentado en la mesa, su aspecto distraido y feroz, á pesar

de todos los esfuerzos que hacía para contenerse, descubria el desórden de su alma, y sus largas ausencias sorprendieron y atemorizaron á Madama La-Motte á un mismo tiempo. Luego que Pedro hubo dejado el cuarto, aquella le preguntó tiernamente ¿qué era lo que le turbaba? La-Motte fingiendo una sonrisa forzada, en vano quiso parecer contento: esto no estaba en su poder: no tardaba pues en volver á su distraccion, y cuando su esposa le hablaba, tratando de ocultarla sus distracciones, respondió de un modo tan contrario á lo que aquella le decia, que éstas se hacian todavia mas visibles.

Madama La-Motte habiéndolo notado, fingió no percibir su actual tristeza, y permanecieron al fin en un silencio no interrumpido hasta la hora del descanso. En seguida se retiraron á su aposento.

La-Motte habló durante algun tiempo permaneciendo en un estado de tormento inexplicable, y sus fuertes estremecimientos despertaron á su esposa, que contentándose sin embargo con alguna escusa frívola que su marido la daba, no tardó en volverse á dormir. Este estado de agitacion continuó hasta media noche,

cuando acordándose de que se pasaba en reflexiones ociosas un tiempo que se debia emplear en obrar, con el mayor silencio salió de su lecho, se puso una bata, y tomando la lámpara que ardia durante la noche en su cuarto, subió á la escalera de caracol; caminando por ella, muchas veces miraba atrás, y se estremeció mas de una vez, prestando con frecuencia el oido á los tristes murmullos del viento.

Cuando trató de abrir la puerta del aposento de Adelina, su mano tembló con tal violencia que se vió obligado á poner su lámpara en tierra y á servirse de las dos manos. El ruido que hizo con la llave le persuadió que Adelina habia despertado; pero luego que hubo abierto la puerta y que notó la tranquilidad que reinaba dentro, se convenció de que dormia. Acercándose á su lecho, la oyó respirar suavemente, y bien pronto dar un profundo suspiro: se detuvo; pero el silencio volvia á renacer: continuó acercándose, y en seguida la oyó cantar en su sueño: prestó el oido, y percibió algunos tonos de una sonata melancólica que ella habia cantado á su presencia en dias mas felices: los tristes acentos que salian entonces de su boca, solo demostraban el estado de abatimiento de su alma.

La-Motte se adelantó entonces con precipitacion hácia el lecho: ella dió un profundo suspiro y volvió á renacer el silencio: corre la cortina y la vé durmiendo con un profundo sueño apoyando sobre su brazo el rostro bañado en lágrimas: la miró por un momento, é interin que examinaba su figura amable é inocente cubierta de la palidez del pesar, la luz de la lámpara que la daba en los ojos la despertó, y viendo un hombre cerca de sí, dió un grito. Vuelta un poco Adelina de su terror conoció á La-Motte; y creyendo que el Marqués no estaba lejos, se sentó sobre su cama, implorando la piedad y proteccion del primero. La-Motte la miró atentamente sin responder una sola palabra: su semblante estraviado y el triste silencio que observaba aumentaron sus temores, por lo cual volvió á renovar sus súplicas con lágrimas de terror. "Vos me habeis salvado una vez, esclamó, salvadme otra: tened piedad de una desgraciada; no tengo otro protector que á vos." — ¿Qué temeis, dijo La-Motte con una voz inter-

rumpida? -- "¡Oh! salvadme, salvadme del Marqués."

-- "Levantaos, pues, y despachaos á vestiros; voy á volver dentro de un momento" -- En seguida encendió una vela que estaba sobre la mesa y salió del cuarto. Adelina se levantó al momento y trató de vestirse; pero estaba tan turbada que apenas sabia lo que se hacia: todo su cuerpo estaba en tan violenta agitacion, que á cada momento se hallaba á punto de desmayarse. Se vistió con la mayor precipitacion, y se sentó en seguida para esperar la vuelta de La-Motte.

Permaneció largo tiempo en esta situacion, pero La-Motte no venia; y habiéndose esforzado inutilmente en recobrar su ánimo, esta cruel incertidumbre se la hizo al fin tan insoportable que abrió la puerta de su habitacion, y se adelantó hácia lo alto de la escalera para escuchar desde allí. Creyó oir muchas voces abajo; pero considerando que si el Marqués la encontrase allí, su presencia solo serviria para aumentar su peligro, detuvo el paso que casi involuntariamente habia dado para bajar, continuó escuchando, y creyó todavía oir algunas

voces. Poco despues oyó cerrar una puerta, y en seguida caminar; por lo cual se apresuró á volverse á su cuarto. Cerca de un cuarto de hora se pasó y La-Motte no parecia: creyó todavía oir el eco de algunas voces abajo, y los pasos de cierta persona: al fin no permitiéndola su inquietud permanecer por mas tiempo en su cuarto, marchó por la galería que comunicaba con la escalera de caracol: algunos minutos despues descubrió el resplandor de una luz por medio de la sala, y La-Motte pareció á la puerta del cuarto embovedado. Miró arriba, y viendo á Adelina en la galería la hizo señal para que bajase: ésta dudó algun tiempo y volvió su vista hácia su cuarto; pero La-Motte se acercó á la escalera, y ella temblando salió á su encuentro. -- "Tengo miedo de que el Marqués no me vea, dijo ella en voz baja. ¿Dónde está?" -- La-Motte la tomó por la mano y la hizo caminar adelante, asegurándola que nada tenia que temer del Marqués. Sin embargo sus miradas distraidas y su mano que temblaba, parecian contradecir su seguridad, y Adelina le preguntó donde la conducia. "Á la Selva, dijo La-Motte para

que os escapeis de la Abadía. Allí hay un caballo que os espera á la puerta; no tengo otro medio de salvaros." Un nuevo terror se apoderó de Adelina. Apenas podia creer que La-Motte que hasta entonces habia conspirado con el Marqués para su perdicion, y que la habia retenido en una tan estrecha prision, quisiese actualmente hacerla escapar, y así es que tuvo un horroroso presentimiento de que la conducia á la Selva para asesinarla. Llevada de este pensamiento retrocedió, é imploró de nuevo su piedad; pero él la aseguró que no tenia otro medio de protegerla, y la suplicó no perdiese tiempo.

Se notaba cierta cosa en su semblante que anunciaba la sinceridad; y Adelina se dejó conducir á una parte de la Selva donde en medio de la obscuridad descubrió un hombre á caballo. Esto trajo á su memoria la noche en que habia bajado al sepulcro para confiarse á una persona que se habia hallado á su salida, y que la condujo á la casa de campo del Marqués. La-Motte llama á Pedro, y la voz de este último asegura un poco á Adelina.

Entonces la dijo La-Motte que el Marqués volveria á la Abadía al dia siguiente,

y que era la única ocasion que se presentaba para que pudiese huir de ella; que podia contar con su palabra; que Pedro tenia órden de conducirla adonde quisiese; pero que como en fin el Marqués pondria todo en movimiento para descubrirla, la aconsejaba mucho que dejase el reino, lo que no la seria dificil por medio de Pedro que era natural de la Saboya y la llevaria á la casa de su hermana á aquel pais: que podria permanecer allí hasta que él fuese á reunirse con ella; porque no creia que hubiese seguridad para él si viviese mas largo tiempo en Francia. La suplicó que cualquiera que fuese lo que pudiese sucederla, jamás hablase de lo que habia pasado en la Abadía. "Arriesgo la vida por salvaros, Adelina, no aumenteis mi peligro ni el vuestro descubriendo cosas inútiles. Quizá no nos volveremos á ver; pero confio en que sereis feliz y que pensareis en mí, que no soy tan malo como me he visto precisado á serlo."

Despues de haber hablado así, la dió algun dinero para el viage. Adelina no pudo entonces dudar de su senceridad, y su escesiva alegría apenas la permitió darle las gracias. Hubiera querido despedirse de

Madama La-Motte, y lo pedia con muchas instancias; pero se la repitió no debia perderse tiempo; y habiéndola envuelto en un gran ropon ó dulleta, la puso á caballo. La-Motte se despidió de ella; Adelina le dijo á Dios derramando lágrimas de reconocimiento, y Pedro partió con tanta celeridad cuanto lo permitia la obscuridad de la noche.

Luego que se hallaron á alguna distancia. "Mucho me alegro de volveros á ver, señorita, la dijo Pedro: ¿quién hubiera creido despues de lo que ha pasado, que mi amo mismo hubiese sido el que me mandára que os condujese? Seguramente suceden cosas muy estrañas; y yo espero que seremos mas felices tambien." Adelina, no queriendo echarle en cara la traicion de que le creia culpado en la otra vez, le dió gracias por sus deseos, y dijo esperaba que serian seguramente mas felices; pero Pedro con su volubilidad ordinaria acabó de desengañarla sobre este punto y de informarla de todas las circunstancias que su memoria en lo comun bastante buena le recordó.

Pedro manifestó un interés tan sincero por su conservacion, que Adelina ya

no pudo dudar un momento de su felicidad. Esta conviccion aumentó no solamente su confianza actual, sino que la hizo escuchar su conversacion con bondad y aun con placer. "No hubiera permanecido dijo, en la Abadía hasta ahora, si hubiese podido salir de ella; pero mi amo me infundió tanto miedo con el Marqués, que no teniendo bastante dinero para trasladarme á mi pais, me ví obligado á permanecer en ella; y somos felices de que en el dia tengamos algunos buenos luises de oro; porque dudo señorita que en el camino hubiésemos podido proporcionarnos dinero por las frioleras de que me hablábais en otro tiempo."

"Quizá no, dijo Adelina: yo agradezco al señor La-Motte el habernos dado mejores medios de proveeros de lo necesario. ¿Qué camino tomareis Pedro al dejar la Selva?" — Pedro indicó exactamente una gran parte del camino hasta Lyon, y entonces, dijo, podrémos facilmente ir á Saboya: éste es un corto negocio: espero que mi hermana viva aun. ¡Dios me la conserve! Hace muchos años que no la he visto; pero en caso de que fuese muerta, las gentes del pueblo se ale-

grarán mucho de verme, y hallareis con facilidad un acogimiento, señorita, como igualmente todo lo que necesiteis."

Adelina tomó la resolucion de pasar con él á Saboya. La-Motte que conocia el carácter y los planes del Marqués, la habia aconsejado dejase el Reino, diciéndola sus temores de que el Marqués pondria todo en uso para descubrirla. Este consejo no podia llevar otro objeto que el de servirla: de otro modo, ¿para qué la habria hecho llevar á otro lugar, y aun la suministraria los medios de ocultar su viage en un tiempo en que estaba todavía en su poder?

Era muy probable que hallaria proteccion y tranquilidad en Leloncourt donde Pedro decia ser muy conocido, aun cuando su hermana hubiese muerto; y la distancia del lugar y su situacion solitaria eran circunstancias que la agradaban.

En seguida se informó del camino que debian tomar y de si Pedro le conocia. "Una vez que nos hallemos en Thiers, lo sé bastante bien, porque muchas veces lo he andado en mi juventud; y ademas todo el mundo nos dirigirá hasta allá." Viajaron, pues, durante muchas

horas en las tinieblas y en el silencio, y solo al salir de la Selva fue cuando Adelina descubrió el astro del dia que lanzaba sus rayos sobre las nubes del horizonte. Esta vista la reanimó, y caminando en silencio reflexionó sobre los sucesos de la noche pasada, y meditó un plan para lo sucesivo. Las últimas acciones de La-Motte la parecian tan diferentes de su conducta anterior que la admiraban, y no podia dar razon de ellas sino atribuyéndolas á uno de aquellos repentinos impulsos de la humanidad que algunas veces obran sobre los corazones mas depravados.

Pero recordando las palabras que le habia oido proferir, esto es, que no era dueño de sus propias acciones, apenas podia creer que la sola piedad le hubiese obligado á romper unos vínculos que hasta entonces habia mirado como sagrados. Considerando en seguida la mutacion de la conducta del Marqués, se imaginó ser deudora de su libertad á una mutacion tambien de sentimientos de su parte con respecto á ella; no obstante el consejo que La-Motte la habia dado de dejar el Reino, y el dinero que la habia suministrado para cumplir este designio parecian contradecir

esta opinion, y la sugerian nuevas dudas. Pedro se habia informado á este tiempo del camino de Thiers adonde llegaron sin accidente y se detuvieron á descansar. Luego que Pedro creyó que el caballo habia descansado bastante, se pusieron de nuevo en camino, y desde las ricas llanuras del Lyonés Adelina descubrió por la vez primera los Alpes, cuyas cimas magestuosas, que parecen sostener las bóvedas del cielo, llenaron su alma de emociones sublimes.

Al cabo de algunas horas bajó al valle en que se halla situada la ciudad de Lyon, sus soberbias cercanías, adornadas de casas de campo y cultivadas cuidadosamente, la hicieron por algun tiempo olvidar su triste situacion, y aun disiparon la anxiedad mucho mas cruel que esperimentaba por Teodoro. Llegando á esta gran ciudad, su primer cuidado fue informarse del paso del Ródano; pero se guardó bien de hacer pregunta alguna á las gentes de la posada, temiendo que si el Marqués llegaba á perseguirla hasta allí, no le instruyesen de su camino; por cuya razon envió á Pedro al muelle para fletar un barco mientras que ella tomaba un ligero alimento; siendo su intencion embarcarse al punto. Pedro no

tardó en volver, habiendo con efecto fletado el barco para subir el Ródano y conducirla por él al lugar mas cercano de la Saboya, desde donde debian ir por tierra al de Leloncourt.

Despues de haber comido, y provistos de algunas cosas para el camino, Adelina le ordenó la condujese al barco. Una nueva y admirable escena se ofreció entonces á sus ojos que contemplaba con sorpresa: el rio lleno de bajeles y el muelle cubierto de personas que trabajaban en él: sintió vivamente el contraste que se advertia entre los objetos risueños de que se veia rodeada, y la situacion de una huérfana sin consuelo, sin amigos, sin socorros, y huyendo de la persecucion de su padre. Habló al patron del barco, y luego que volvió Pedro de buscar el caballo que La-Motte le habia dado en pago de una parte de sus salarios, se embarcaron.

Subieron lentamente el Ródano cuyas escarpadas orillas coronadas de montañas ofrecian la perspectiva mas variada y romantica. Adelina se hallaba sumergida en la mas profunda meditacion. La novedad de esta escena por la cual caminaba, y que á cada momento ofrecia una gran-

deza silvestre ó una risueña fertilidad, sembrada ademas de lugares y otras poblaciones mayores, suavizaban la amargura de su alma, y su dolor se cambió gradualmente en una dulce y tierna melancolía. Estaba sentada en la proa del barco, y desde allí miraba como este hendia la rápida corriente, prestando los oidos al ruido de las olas. El barco, oponiéndose con lentitud á los esfuerzos de la corriente, caminó durante algunas horas, y al fin la noche vino á estender su sombrío velo sobre esta hermosa perspectiva. El tiempo estaba sereno, y Adelina sin prestar atencion al rocío que entonces caia, permaneció espuesta al aire libre, viendo obscurecerse los objetos á su vista, desvanecerse los claros rayos del horizonte, aparecer sucesivamente las estrellas, y centellear sobre el resplandeciente espejo de las aguas. La escena no tardó en quedar enteramente obscura, y el silencio solo se interrumpia por el ruido monotono de los remos, y de tiempo en tiempo por la voz de Pedro que hablaba á los marineros. Adelina se perdia en sus pensamientos: la tristeza de su situacion se presentaba bajo dos aspectos á su imaginacion.

Se hallaba rodeada de las tinieblas de

la noche en un pais estrangero, alejada de sus amigos, caminando sin saber adonde bajo la conducta de gentes desconocidas, y perseguida quizá por un enemigo inveterado: se figuraba la rabia del Marqués luego que hubiese descubierto su fuga, y aun cuando sabia que apenas era probable la persiguiese por el agua, razon que la habia hecho escoger este modo de viajar, temblaba sin embargo del cuadro que la presentaba su imaginacion: sus pensamientos en seguida recaian sobre el plan que adoptaria luego que llegase á Saboya; y aunque su propia esperiencia la hubiese hecho repugnar en cierto modo el género de vida que reinaba en el convento donde permaneció en un principio: no hallaba sin embargo ningun lugar mas propio para servirla de asilo. Al fin se retiró á un pequeño camarote para entregarse algunas horas al descanso: despertó al amanecer, y hallándose demasiado turbada para volverse á dormir, se levantó y contempló la venida gradual del dia.

Luego que Adelina partió de la Abadía, La-Motte habia permanecido algun tiempo á la puerta prestando el oido á cada paso del caballo, hasta que el ruido que ocasio-

naba se perdió insensiblemente á lo lejos: en seguida habia vuelto á la sala con una alegría que no habia esperimentado hacia mucho tiempo: la satisfaccion de haberla sustraido de este modo á las ideas del Marqués, durante algun tiempo le hizo olvidar el peligro á que le esponia este paso; pero cuando reflexionó sobre su propia situacion, el temor del resentimiento del Marqués volvió á tomar todo su imperio sobre su espíritu, y pensó en los medios de evitarle.

Era entonces mas de media noche: al Marqués se le esperaba al dia siguiente por la mañana muy temprano, y le pareció desde luego imposible dejar la Selva antes de su llegada: no habia mas que un caballo, y no sabia si debia partir para Auboina donde podria proporcionarse un carruage para trasladar su familia fuera de la Abadía, ó esperar tranquilamente la venida del Marqués, fingiendo una historieta sobre la fuga de Adelina.

El tiempo que necesitaba para hacer venir un carruage á la Abadía casi no le permitia salir tan pronto de la Selva: el poco dinero que le quedaba no podia conducirle muy lejos, y aun cuando estuviese

provisto, luego que se hubiese gastado ¿qué haria para vivir si antes no se le arrestaba? Permanecer en la Abadía parecia inocente, y aunque no esperaba persuadir al Marqués que habia ejecutado sus órdenes, esperaba hacerle creer que Pedro era el único culpable de la fuga de Adelina, cosa tanto mas probable cuanto Pedro habia sido ya descubierto en un proyecto de esta naturaleza: por otra parte pensaba que si el Marqués queria entregarle á la Justicia podria intimidarle amenazándole con descubrir el crímen que le habia encargado cometer.

Despues de haber reflexionado de este modo, La-Motte se determinó á quedarse en la Abadía y á esperar lo que pudiese suceder. Cuando llegó el Marqués y se instruyó de la fuga de Adelina la cólera y la rabia que aparecieron en su semblante aterraron y asustaron á La-Motte: por algun tiempo profirió unas imprecaciones tan terribles contra él y ella, en términos tan groseros y vulgares, que La-Motte se sorprendió de oirlas en boca de un hombre cuyos modales eran en parte tan amables. Aunque se hallaba combatido de pasiones violentas y criminales, parecia que profiriendo estas

imprecaciones esperimentaba no solo alivio sino placer: parecia sin embargo mas inquieto de la fuga de Adelina que irritado del atrevimiento de Pedro. Reflexionando en fin que perdia el tiempo en vano, dejó la Abadía, y envió á muchos de sus criados en su busca.

Luego que hubo partido, creyendo La-Motte que su historia habia tenido el mejor éxito, se felicitó de nuevo de haber hecho su deber, con la esperanza de que Adelina se hallaba ya entonces al abrigo de toda persecucion. Esta tranquilidad no fue de larga duracion; porque pocas horas despues el Marqués volvió acompañado de varios ministros de Justicia. La-Motte quedó petrificado viéndolos acercar; trató de ocultarse; pero fue arrestado y conducido delante del Marqués que le llamó aparte. "No se me engaña le dijo con unos cuentos tan ridículos como el que habeis inventado: sabeis que vuestra vida está en mis manos: decidme al momento donde habeis ocultado á Adelina, ó voy á acusaros del crímen de que sois culpado contra mí; mas si me descubrís el sitio donde se halla, despacharé los ministros, y aun os ayudaré á dejar el Reino si lo deseareis: no teneis tiempo que perder;

sabed que no se burla nadie de mí." La-Motte se esforzó en apaciguar al Marqués asegurándole que Adelina se habia puesto realmente en fuga, y que ignoraba hácia qué lado se habia marchado. "Ya sabeis, señor, añadió que tambien yo soy dueño de vuestra reputacion, y que si llevais las cosas al estremo, me veré forzado á declarar que habeis querido hacerme cometer un asesinato."

— ¿Y quién os creerá, dijo el Marqués? — Los crímenes que os han escluido de la sociedad vendrán sin duda en apoyo de vuestra veracidad, y aquel de que yo os acuso en el dia harán mirar vuestra declaracion como maliciosa y sugerida por un espíritu de venganza. Despues volviéndose á los ministros dijo: "señores haced vuestro deber." Los ministros entraron luego en el cuarto y se apoderaron de La-Motte, á quien el terror privó de todo medio de resistencia, que por otro lado hubiera sido inútil. En medio de la turbacion de que estaba agitado informó al Marqués de que Adelina habia tomado el camino de Lyon: mas esta confesion fue tardía para salvarle: el Marqués se aprovechó de ella; pero la acusacion se habia hecho ya y La-

Motte con el dolor de haber espuesto á Adelina sin sacar ningun provecho, se vió obligado á someterse á su suerte. La caballería destinada á la persecucion y aprehension de los criminales, que acompañaba al Marqués, le sacó fuera de la Abadía, dándole apenas tiempo para llevar algunos efectos consigo; pero el Marqués considerando la estrema agitacion de Madama La-Motte, mandó á uno de sus criados fuese á buscar un carruage á Auboina para que pudiese seguir á su marido.

Instruido entonces del camino de Adelina, envió á un criado de toda su confianza para descubrir el lugar de su retiro, con órden de traerle nuevas de ella lo mas pronto posible. La-Motte y su muger reducidos á la desesperacion abandonaron la Selva de Fontanville que por algunos meses les habia servido de asilo, y volvieron á entrar de nuevo en este mundo tempestuoso, en donde la Justicia debia finalmente tomar cuenta de los crímenes cometidos anteriormente por La-Motte que le habian obligado á refugiarse en la Selva, donde por algun tiempo habia hallado la seguridad perdida. No tardó en hacerse culpable de nuevos crímenes; porque en medio de este de-

sierto habia tentaciones, y su vida, ya bastante marcada por el castigo del vicio, le ofreció un nuevo ejemplo de esta gran verdad; á saber: "que un criminal no podrá jamás gozar de la paz del corazon."

CAPITULO SESTO.

Entre tanto Adelina y Pedro continuaron su viage sin esperimentar accidente alguno. Llegaron á Saboya, donde Pedro la montó en el caballo y caminó á su lado. Luego que descubrió las montañas de su pais, su alegría inmoderada le hizo prorrumpir en frecuentes esclamaciones, preguntando muchas veces á Adelina si habia visto semejantes montañas en Francia. "No, no, añadia, las montañas de aquel pais son muy buenas para ser montañas francesas; pero no tienen que hacer nada con las nuestras." Adelina llena de admiracion por la escena magestuosa de que se hallaba rodeada, convino en la verdad de la asercion de Pedro; lo que animó á este á estenderse sobre las ventajas de su pais, del cual olvidaba enteramente todas las contras que podia haber. Á pesar de que daba el último dinero que poseia á sus paisanitos que se presentaban desnudos al lado del caballo, no hablaba mas que de la felicidad y del contento de sus compatriotas.

El lugar en que habia nacido hacia á la verdad escepcion al resto del pais y á los ordinarios efectos de un gobierno arbitrario: parecia floreciente, sano y feliz; porque era deudor principalmente de estas ventajas á la actividad y á la atencion del buen sacerdote que era cura de él.

Adelina, que principiaba á sentir los efectos de una larga incomodidad y de la fatiga, deseaba vivamente llegar al término de su viage, y su impaciencia la obligaba á hacer varias preguntas á Pedro. Cansada ya, la sombría grandeza de las escenas que hacia poco tiempo habian escitado en ella sensaciones sublimes, la inspiraban ya espanto: temblaba al ruido de los torrentes que se precipitaban por medio de las rocas y cuya caida hacia retumbar el valle, y á la vista de los precipicios que veia en el camino muchas veces á su lado. Á pesar de lo fatigada que se hallaba, bajaba muchas veces del caballo para subir á pie los lugares escarpados que temia pasar montada en él.

El dia tocaba ya á su fin cuando llegaron á una pequeña aldea al pie de los Alpes; y el sol, descendiendo con todo el esplendor de la tarde detrás de sus cimas,

lanzaba al través de la perspectiva unos rayos tan suaves y tan atractivos, que Adelina, á pesar de lo débil que se hallaba, espresó su admiracion por varias esclamaciones.

La situacion romantica del lugar atrajo en seguida sus miradas: estaba situado al pie de muchas altas montañas que rodeaban un lago á cierta distancia de allí, y los árboles que cubrian su cima se veian por decirlo así, suspendidos en el aire. El lago, tan llano como un espejo, reflejaba los colores bermejos del horizonte, y la escena sublime que se veia sobre sus orillas, iba obscureciéndose gradualmente con el crepúsculo. Luego que Pedro descubrió el lugar dió un grito de alegría. "¡Bendito sea Dios! esclamó; ya estamos cerca de mi casa; he aquí mi querido pais natal; tiene ahora la misma apariencia que tenia hace veinte años: ved aquí, ved aquí señora los mismos viejos árboles que verdeguean alrededor de nuestra cabaña, y esta gran roca que se eleva sobre ella: allí es donde ha muerto mi pobre padre, señorita; quiera Dios que mi hermana viva: hace mucho tiempo que no la he visto." Adelina escuchaba con una satisfaccion melancólica las

espresiones sencillas de Pedro pintando las escenas de su infancia, y como saboreándose con nuevos placeres. Á medida que se acercaban al lugar continuaba mostrándola diversos objetos de que se acordaba. Aquella es la casa del buen pastor; mirad señorita, es esta casa blanca de la que sale humo, y que se halla casi á la orilla del lago allí abajo, é ignoro yo si vive: aun no era todavía muy viejo cuando yo dejé el pais, y era tan amado de todo el lugar cuanto puede serlo un hombre; pero la muerte no perdona á nadie.

Durante este tiempo llegaron al lugar que era en estremo lindo, aunque no prometiese muchas comodidades. Apenas hubo Pedro andado diez pasos, cuando encontró á algunos de sus antiguos amigos que le tomaron la mano y no podian dejarle. Preguntó por su hermana y se le respondió que vivia aun y gozaba de salud. Caminando á su casa se vió rodeado de tan gran número de conocidos, que Adelina se veia fatigada por el temor que á cada momento la ocasionaba la multitud. Muchas personas que habia dejado en la flor de su edad se habian muerto ya oprimidas de las enfermedades y de la vejez, al paso que sus hijos,

que habia visto niños, habian llegado ya al estado de la adolescencia y no estaban conocidos. Al fin llegaron á la casa y fueron recibidos por su hermana, que habiendo sabido su llegada le salió al encuentro con un placer inesplicable.

Al ver á Adelina, se quedó sorprendida; pero la ayudó á bajar del caballo; y conduciéndola á un pequeño cuarto, que sin embargo estaba muy limpio, la recibió con tal afecto y política que hubieran hecho honor á un rango mas elevado. Adelina deseó hablarla en particular, porque la casa estaba entonces llena de los amigos de Pedro; y habiéndola informado de las particularidades de su situacion, que era necesario comunicarla, la preguntó si podia darla un aposento en su casa. "Sí, señorita, dijo la buena muger, tal cual es, todo está á vuestra disposicion; solo siento no tener otro mejor; pero teneis el semblante triste y como que estais mala: ¿puedo serviros en algo, señorita?"

Adelina que habia combatido largo tiempo con la fatiga y la indisposicion, cedia entonces á su peso: por lo mismo respondió que efectivamente estaba mala; pero que esperaba la aliviase el reposo, y la suplicó la

preparase una cama. La buena muger salió para obedecerla: un momento despues volvió y la llevó á un cuartito cuya limpieza hacía toda su recomendacion; pero á pesar de su fatiga Adelina no pudo dormir: en su imaginacion se pintaban siempre las escenas pasadas y se la ofrecia un cuadro imperfecto de lo futuro: la diferencia entre su situacion y la de las otras mugeres que habian recibido una educacion semejante á la suya, la admiró sensiblemente y derramó lágrimas. "Estas jóvenes sencillas, dijo, tienen amigas y parientes que hacen todos sus esfuerzos para apartar, no solamente cuanto puede serles dañoso, sino aun todo lo que podria desagradarlas; velan por su seguridad actual y por sus ventajas futuras, y las impiden tambien precipitarse; pero yo en mi vida, jamás he conocido este bien; rara vez he visto la dicha: mas sin embargo no es posible que yo haya nacido para ser continuamente desgraciada: vendrá un tiempo en que....."

--Principiaba á pensar que algun dia podria ser feliz; pero acordándose del estado desgraciado de Teodoro, no pudo jamás esperar ser feliz ni estar tranquila.

Al dia siguiente por la mañana tem-

prano, la buena muger de la casa vino á informarse de su salud, y supo que habia dormido muy poco, y que se encontraba mas indispuesta que el dia anterior. El estado inquieto de su ánimo contribuia á aumentar los síntomas de calentura que ya tenia, y en el curso del dia la enfermedad pareció tomar un aspecto mas sério. Adelina observó sus progresos con cierta indiferencia, resignándose á la voluntad de Dios, y sintiendo muy poco el dejar su existencia; pero su tierna huéspeda hizo cuanto estaba á sus alcances para aliviarla. No habia médico ni boticario en el lugar; la naturaleza no se vió privada de ninguna de sus ventajas; pero á pesar de todo, su enfermedad hizo unos progresos muy rápidos, y al tercer dia cayó en el delirio, despues de lo cual quedó en una especie de letargo. Adelina no supo cuánto tiempo permaneció en este triste estado; pero al recobrar el uso de sus sentidos se halló en un aposento muy diferente del en que se habia visto. Era grande, tenia un aspecto de belleza, y el lecho y todo lo que le rodeaba era de un género muy elegante. Permaneció durante algunos minutos en un éstasis de sorpresa, esforzándose á recordar todas las

ideas de lo pasado, temiendo, por decirlo así, menearse, porque esta vision agradable no se desvaneciese.

Al fin se aventuró á levantarse, y al momento oyó cerca de sí la tierna voz de una jóven muy hermosa, que descorrió muy despacio las cortinas, se acercó á la cama con una sonrisa mezclada de ternura y alegría, y se informó de la salud de la enferma. Entre tanto Adelina contemplaba con la mas estraordinaria sorpresa el rostro mas interesante que jamás habia visto, y sobre el cual se veia pintada la espresion de la dulzura, de la sensibilidad y de la belleza reunida á la mas amable sencillez.

Se recobró lo bastante para agradecer el cuidado y dar las gracias á esta bella criatura, preguntándola á quién debia tantos beneficios y dónde se encontraba; pero esta amable jóven la aplicó la mano á la boca, y la dijo. "Nosotros somos los que os somos deudores: ¡cuán alegre me encuentro de que hayais recobrado el uso de vuestros sentidos!" No dijo mas; pero se retiró hácia la puerta de la habitacion y desapareció.

Algunos minutos despues volvió con una señora de bastante edad, que acercán-

dose á la cama con un aire de interés y ternura se informó de la salud de Adelina. Esta respondió tal como se lo permitieron la agitacion de su ánimo, y la manifestó de nuevo su deseo de saber á quién debia tan grandes obligaciones. "Luego lo sabreis, dijo la señora: ahora básteos saber que estais con personas que se creerán demasiado pagadas con haberos visto recobrar la salud, por lo cual es preciso que os sometais á todo lo que pueda conduciros á esto, y que permanezcais tan tranquila cuanto sea posible."

Adelina espresó su reconocimiento con una sonrisa, y bajó la cabeza en silencio para indicar su consentimiento. La señora dejó entonces el cuarto para ir á buscar cierta medicina, y luego que se la suministró la dejó descansar; pero su cabeza, ó mas bien su imaginacion, estaba demasiado agitada para que pudiese aprovecharse de esta ocasion: contemplaba lo pasado y lo presente; y cuando hacia la comparacion de uno y otro, el contraste la ponia en la última admiracion: toda la escena la parecia como una de aquellas repentinas transiciones tan comunes en los sueños, en que, sin saber como, se pasa de un estado de

dolor y amargura, á una situacion agradable y deliciosa.

No obstante, miraba á lo futuro con la mayor anxiedad, y esto cabalmente era lo que amenazaba retardar su curacion; mas cuando se acordaba de las palabras de su generosa bienhechora se esforzaba á distraerse: si hubiese conocido mejor el carácter de la persona en cuya casa se hallaba, su inquietud con respecto á ella misma, no hubiera sido de mucha duracion; porque Laluc, á quien pertenecia, era uno de aquellos hombres singulares, á los cuales el desgraciado jamás se dirige en vano, y cuya bondad natural confirmada por los principios es siempre uniforme y sin afectacion. Veamos pues la historia de la familia de este hombre benéfico, dejando por un momento descansar á Adelina.

LA FAMILIA DE LALUC.

En el lugar de Leloncourt, célebre por su pintoresca situacion al pié de los Alpes de Saboya, vivia Arnaldo Laluc, eclesiástico, descendiente de una antigua familia de Francia, que por la decadencia de su fortuna se habia visto obligado á buscar un asilo en Suiza, en un siglo en que las violencias de las guerras civiles rara vez perdonaban al vencido: era el párroco del lugar, y tanto mas amado por la piedad y la benevolencia de cristiano, cuanto respetado por la dignidad y la elevacion de filósofo. Su filosofía era la de la naturaleza dirigida por la religion y la prudencia: despreciaba el fárrago de las escuelas modernas, y los absurdos pomposos de los sistemas que han deslumbrado á sus discípulos sin ilustrarlos, y les han dirigido sin convencerlos.

Tenia un talento penetrante y miras muy estensas: sus sistemas, semejantes á su religion, eran sencillos, racionales y sublimes: sus feligreses le miraban como á un

padre; porque al paso que sus preceptos ilustraban su entendimiento, su ejemplo penetraba sus corazones.

Laluc en su juventud habia perdido una muger á quien amaba tiernamente. Este suceso habia esparcido sobre su carácter un colorido suave é interesante de melancolía, que permanecia con él aun despues de haberse suavizado con el transcurso de muchos tiempos la memoria que la habia causado. La filosofía habia fortificado su alma sin endurecer su corazon, porque la habia hecho capaz de resistir á los rigores de la afliccion, mas bien que á hacerse superior á ellos.

La desgracia le habia enseñado por una especie de simpatía á ser sensible á las de los demas. Las rentas de su curato eran medianas, y lo que le quedaba de los bienes que le habian tocado de sus antecesores, apenas eran susceptibles para aumentarlas: aunque no estuviese en su mano el acudir á todas las necesidades del indigente, su tierna compasion y su santa conversacion jamás dejaban de dar algun consuelo al afligido. En estos momentos las tiernas y delicadas sensaciones de su alma le hicieron decir muchas veces que «si el voluptuoso hu-

biese esperimentado una sola vez estas sensaciones, jamás podria renunciar al placer de hacer bien." -- La ignorancia de los verdaderos placeres conduce mas frecuentemente al vicio que la tentacion de los falsos.

Laluc tenia de su matrimonio un hijo y una hija, que quedaron muy niños cuando murió su madre para que pudiesen recordar enteramente su pérdida: los amaba con una ternura particular como hijos de una muger cuya suerte jamás cesaba de lamentar, y durante algun tiempo su única diversion fue la de observar el desarrollo gradual del entendimiento infantil y dirigirlos á la virtud. Encerraba su dolor profundo en el fondo de su corazon: jamás turbaba á los demas en sus lamentos; y muy rara vez hacia mencion de su esposa, despues que abrazó el estado eclesiástico. Sus sentimientos eran demasiado puros para los ojos del vulgo: muchas veces se retiraba á la vasta soledad de las montañas y en medio de la escena formidable y magestuosa que formaban, recordaba la memoria de lo pasado y se abandonaba al placer del sentimiento. Despues de estas pequeñas escursiones siempre se hallaba mas tranquilo y satisfecho. Una dulce calma, que se asemejaba á la felicidad,

se derramaba por toda su alma; y sus acciones se resentian entonces de una mayor benevolencia: contemplando á sus hijos y besándolos tiernamente, algunas veces derramaba una lágrima; pero era una lágrima de gratos recuerdos que no manifestaba ninguna señal de las negras cualidades del dolor, sino antes bien era muy grata y preciosa para su corazon.

Despues de la muerte de su esposa se habia traido consigo una hermana soltera, jóven honesta y sensata, que se interesaba mucho en la felicidad de su hermano: su atencion llena de ternura y su juiciosa conducta, habian prevenido el efecto del tiempo para mitigar su dolor; y los continuos cuidados que prodigaba á sus hijos, al mismo tiempo que acreditaban la bondad de su alma, la hacian mucho mas amada de su hermano.

Con un placer inesplicable creyó éste descubrir en las facciones nacientes de Clara la semejanza con su madre; no tardó pues en desenrrollar la misma delicadeza en sus modales y la misma suavidad de carácter; y á medida que adelantaba en edad, sus acciones le recordaban con tanta viveza su esposa, que le sumergian muchas veces en

meditaciones que absorvian su alma.

Pasaba su vida en medio de la tranquilidad ocupado en los deberes de su parroquia, en la educacion de sus hijos y en sus investigaciones filosóficas. La tierna melancolía que la afliccion habia marcado sobre su alma, se la habia hecho mas amable por un largo hábito; y no la hubiera cambiado por el sueño mas brillante de una felicidad quimérica: cuando se veia vejado por algun incidente melancólico, hallaba su consuelo retrayendo sus ideas y sus pensamientos hácia los deberes de su estado actual y á la virtud de aquella esposa que habia perdido, y á quien tan tiernamente amó: cediendo á una dulce tristeza, que el vulgo llama novelesca, recobraba gradualmente su tranquilidad. Este era el placer secreto al cual recurria: el placer solitario que disipaba todos sus pesares y las vejaciones del momento, y el que elevaba su alma sobre este mundo engañoso para ofrecerle la perspectiva de un mundo mas sublime.

Su casa estaba situada en las orillas de un pequeño lago casi rodeado de montañas de una prodigiosa altura, cuyos caprichosos ángulos salientes formaban una vista singularmente sublime y magestuosa.

Al lado del lago, casi frente de la casa, las montañas parecia que se alejaban, dejando percibir una gran cadena de los Alpes muy variada y las sombras innumerables que ofrecia esta última. Unas se veian cubiertas de nubes azuladas, otras con una especie de ráfaga de púrpura, y otras, en fin, presentaban solo una luz parcial y daban un colorido delicioso al resto de la escena.

La dicha de Laluc era únicamente la de ver á sus hijos felices; y en uno de sus viajes á Ginebra, adonde habia ido á visitar los parientes de su difunta esposa, compró un laud para Clara. Esta le recibió con un reconocimiento superior á todo cuanto puede encarecerse; y habiendo aprendido una sonata, voló á un sitio que ella amaba mucho, rodeado de acacias, donde la tocó tantas veces que olvidó casi todo lo demas, hasta sus pequeños deberes domésticos, sus libros, el dibujo, hasta la hora que su padre consagraba á su instruccion y en que iba con su hermano á la biblioteca, á fin de participar allí de sus lecciones; hasta esta hora digo fue olvidada. Laluc nada decia; la hermana no estaba contenta de que su so-

brina descuidase sus deberes domésticos: queria reprenderla; pero Laluc la suplicó no la dijese nada. "Permite, dijo, que la esperiencia la haga conocer su error; los preceptos apenas convencen á las jóvenes."

La hermana respondia que la esperiencia era un preceptor bien lento; "pero seguro, replicó Laluc, y es muchas veces mas eficaz que todos los demas: cuando la esperiencia no puede causarnos males ciertos, vale mejor fiarse de ella."

Clara pasó el segundo dia como el primero, y el tercero como el segundo: ya entonces sabia tocar muchas sonatas; por lo cual vino en busca de su padre, y tocó á su presencia todo lo que habia aprendido.

Al cenar, la manteca no estaba pronta, ni se hallaban frutas en la mesa: Laluc preguntó la causa: Clara se acordó de que esta era una de sus obligaciones y se avergonzó. Notó que su hermano estaba ausente, pero nada dijo. Acabada la cena vino su hermano; su semblante espresaba una satisfaccion estraordinaria; pero se sentó tambien sin decir nada: Clara le preguntó qué era lo que le habia impedido venir á cenar, y supo habia estado en la casa de una pobre

familia de la vecindad para llevarla los socorros que su padre la daba todas las semanas. Laluc habia confiado el cuidado de esta familia á su hija, que era la que debia llevarla este pequeño auxilio la víspera; pero no habia pensado mas que en la música. "¿Cómo has hallado á la muger, dijo Laluc á su hijo? -- Mas mala, respondió él, porque no habia tomado medicina con órden, y los hijos no tenian nada ó casi nada que comer hoy." -- Clara se turbó y manifestó señal de sentimiento. "¡Nada que comer, se dijo á sí misma! y yo he estado todo el dia tocando mi laud bajo las acacias en las orillas del lago." El padre aparentó no observar su conmocion, y se volvió hácia su hijo. "Cuando la he dejado estaba mejor, dijo este último; las medicinas que la he llevado la han aliviado mucho, y he tenido el gusto de ver comer perfectamente á sus hijos."

Clara, quizá por la primera vez, envidió este placer á su hermano; tenia los ojos anegados de lágrimas y guardaba silencio. "¡Nada que comer, pensaba para sí!"

Se retiró tristemente á su cuarto. La dulce serenidad con que acostumbraba á acostarse, se habia desvanecido, porque no

podia acordarse del dia pasado con satisfaccion.

"¡Qué lástima, dijo, que una cosa que me es tan agradable me cause tanta pena!" "Este laud hace mis delicias; pero al mismo tiempo forma tambien mis tormentos." Esta reflexion escitó varias sensaciones en su pecho; pero al fin se durmió antes de tomar partido alguno.

El dia siguiente por la mañana despertó muy temprano, y esperó con impaciencia la llegada del sol. Apareció en fin, se levantó, y resuelta á espiar su primera negligencia por todos los medios posibles, voló hácia la cabaña; permaneció allí un tiempo considerable, y cuando volvió á su casa, su rostro habia recobrado la serenidad acostumbrada: no obstante, tomó la resolucion de no tocar el laud en todo el dia.

Esperando el desayuno, se ocupó en atar las flores y separar los ramos redundantes, y sin percibirlo se halló debajo de sus amadas acacias, en las orillas del lago, y dijo suspirando. "¡Qué buen efecto haria en el agua la cancion que he aprendido; pero se acordó de su resolucion, detuvo los pasos que habia dado involuntariamente hácia la casa, y marchó á buscar á su padre

á la biblioteca á la hora acostumbrada. Por el discurso que tuvo con su hermano sobre las lecturas de los dias precedentes, vió que habia perdido unas lecciones bien interesantes: suplicó á su padre la dijese de que se trataba; pero éste replicó con calma. "Que pues ella habia preferido otra diversion durante la discusion de la materia, debia resignarse á ignorarla. "¿Crees, dijo, recobrar la recompensa del estudio en las diversiones de la ociosidad? Aprende, aprende á ser justa y no esperes reunir cosas contrarias."

Clara conoció la verdad de esta reconvencion y se acordó de su laud. "¡Cuánto mal me ha causado, dijo suspirando! Estoy resuelta á no tocarle hoy: yo daré pruebas de que me hallo en estado de resistir á una inclinacion cuando veo que esto es necesario." Asi resuelta se aplicó al estudio con mas ardor que de ordinario.

Se mantuvo firme en su resolucion, y hácia el anochecer fue al jardin para distraerse. La tarde estaba en calma y era estraordinariamente hermosa: no se oia mas que el dulce ruido de las hojas en ciertos intervalos (lo que hacia aun mas magestuoso el silencio), y los murmullos lejanos de

los torrentes que se despeñaban por medio de las rocas. Miraba el sol resplandeciente ocultarse detrás de los Alpes, cuya cima tenia un color de oro y púrpura, y considerando los últimos rayos de su luz reflejados por la superficie de las aguas que no agitaba el menor soplo, dió un suspiro: "¡ó cuán agradable me seria actualmente esclamó el servirme de mi laud en este hermoso sitio, mientras que todo se halla tan tranquilo alrededor de mí!"

La tentacion fue demasiado grande para Clara: corrió á casa y volvió con el instrumento hácia las acacias: tocó á la sombra de las hojas hasta que la obscuridad de la noche hizo desaparecer todos los objetos que la rodeaban; pero la luna salió, y derramando su luz opaca sobre el lago, hizo la escena todavía mas interesante.

Fue imposible pues dejar un sitio tan silencioso y grato: Clara repitió muchas veces sus sonatas favoritas: la belleza de la naturaleza escitó todos sus pensamientos: jamás habia tocado antes con tanta espresion, y escuchaba enagenada las notas que iban debilitándose sobre la superficie de las aguas, y al fin se perdian á lo lejos. Estaba como fuera de sí: no, nada habia mas delicioso que tocar debajo de las acacias á las orillas del lago y á la luz de la luna. Cuando volvió á casa se habia acabado la cena. Laluc bien notó la falta de Clara, pero no quiso que se la interrumpiese.

Luego que el entusiasmo pasó, se acordó que habia faltado á su resolucion: esta reflexion la atormentó mucho: "me alababa, dijo, de poder resistir á mis inclinaciones, y he tenido la debilidad de ceder á su impulso; pero ¿qué mal he hecho yo esta noche en ceder á ella? No he descuidado ningun deber, pues que ninguno tenia que llenar. ¿De qué, pues, puedo acusarme? Hubiera sido bien ridículo sostenerme en mi resolucion y negarme al placer mientras que ninguna razon habia para esta privacion."

Se detuvo un momento poco satisfecha de este discurso; "pero, ¿cómo? añadió; ¿estoy segura de que habria resistido á mis inclinaciones si hubiese habido alguna razon para ello? Si la pobre familia que ayer abandoné no se hallase provista, pienso que yo la hubiera tambien olvidado mientras que tocaba el laud en las orillas del lago." En seguida recordó en su imaginacion todo lo que su padre la habia dicho en varias

ocasiones sobre la necesidad de contrariar las pasiones, y sintió algun pesar.

"No, dijo; sino observó una resolucion que solemnemente he formado como una razon suficiente de resistir á mis inclinaciones, temo mucho que ningun otro motivo pueda contenerme: habia firmemente resuelto no tocar mi laud hoy, y me ha faltado firmeza para ello; mañana quizá me veré tentada á descuidar algun deber, porque he descubierto que no puedo contar demasiado con mi prudencia: pues que no puedo vencer mi tentacion, quiero evitarla."

El dia siguiente por la mañana llevó el laud á Laluc, y le suplicó le volviese á tomar, ó á lo menos le guardase, hasta que hubiese aprendido á vencer sus pasiones.

Sus palabras conmovieron vivamente á Laluc. "No, Clara, la dijo, no es necesario que vuelva otra vez á recoger el laud: el sacrificio que quieres hacer, prueba que mereces mi confianza: guarda este instrumento, pues tienes resolucion para abandonarle porque te separa de tus deberes; estoy persuadido que tendrás la bastante para resistir á su influencia ahora que yo te le vuelvo."

Estas palabras causaron á Clara un placer que jamás habia esperimentado; pero creyó que para merecer estos elogios era necesario consumar el sacrificio que habia principiado. En medio del virtuoso entusiasmo del momento, los placeres de la música se absorvieron por el de conseguir un elogio bien merecido, y negándose á tomar el laud que se la ofrecia, esperimentaba sensaciones muy singulares. "Querido papá, dijo con los ojos llenos de lágrimas, permitidme que me haga digna de los elogios que me concedeis, y entonces yo seré verdaderamente feliz."

Laluc jamás la habia visto tan semejante á su madre como en este momento, y abrazándola tiernamente lloró algun tiempo en silencio: luego que se vió en estado de hablar; "ya mereces mis elogios, le dijo, y te vuelvo el laud por recompensa de la conducta que has deseado llenar. Toda esta escena recordó á Laluc cosas demasiado tiernas para su corazon, y volviéndola el instrumento dejó repentinamente el cuarto.

El hijo de Laluc, jóven que prometia mucho, estaba destinado por su padre al estado eclesiástico, y habia recibido de él una escelente educacion, que juzgó no obs-

tante necesario la concluyese en una universidad: Laluc habia escogido la de Ginebra, siendo su objeto no solamente hacer á su hijo sabio, sino darle tambien todas las cualidades que hacen estimable á un hombre: le habia ademas acostumbrado desde la infancia al trabajo y á la fatiga, y á medida que adelantaba en edad le habia hecho ocuparse en ejercicios varoniles; le instruyó en las artes útiles, é igualmente en las ciencias abstractas.

Era de un carácter vivo y ardiente; pero tenia el corazon generoso; esperaba el tiempo en que iba á ver á Ginebra y el nuevo mundo que allí debia encontrar con toda la impaciencia de la juventud; y el placer que le causaba esta esperanza le impedia pensar en el pesar que sin este hubiera esperimentado al separarse de su familia.

Un hermano de la difunta Madama Laluc que habia nacido en Inglaterra, residia en Ginebra: bastaba ser pariente de su muger para tener derechos sobre su corazon; y Laluc por esto habia conservado siempre una correspondencia con el señor Andeley. Aunque la diferencia de sus caracteres y de su modo de pensar no hubiesen hecho jamás nacer entre ellos una grande amistad, Laluc le escribió entonces dándole á conocer sus intenciones de enviar á su hijo á Ginebra y confiarle á su cuidado. El señor Andeley habia dado una respuesta amistosa á esta carta; y poco tiempo despues como tuviese uno de los conocidos de Laluc que evacuar ciertos negocios en Ginebra, resolvió hacer partir con él á su hijo. La separacion fue muy penosa para el padre y casi inseparable para Clara: la hermana, la señora Laluc, se afligió mucho tambien por esto: tuvo buen cuidado de poner cantidad suficiente de remedios ó medicinas en su maleta, sin omitir el esplicarle sus virtudes y las diferentes enfermedades en que podian ser útiles estos medicamentos: no obstante, todas estas instrucciones las dió en ausencia de su hermano.

Laluc y su hija acompañaron al jóven á caballo hasta la ciudad vecina que estaba cerca de ocho millas de Leloncourt; y allí, repitiendo todos los consejos que ya le habia dado para su conducta futura, y cediendo de nuevo á la ternura paternal, dió á su hijo el último á Dios. Clara lloró y sintió mas pesar de esta separacion que la

que deberia haberle ocasionado; pero era casi la primera vez que esperimentaba el dolor, y de consiguiente se abandonaba naturalmente á su influencia.

Laluc y Clara se volvieron á casa guardando un triste silencio: el dia estaba próximo á concluirse cuando descubrieron el lago, y en seguida la casa: jamás habia parecido todo tan sombrío como entonces; pero ahora Clara recorria sola cada uno de los sitios donde estaba acostumbrada á ver á su hermano: se acordaba de una infinidad de pequeñas circunstancias que hubiera mirado con la mayor indiferencia si hubiese estado presente; pero en la actualidad su imaginacion las daba un valor infinito: el jardin y los paisages que la rodeaban todo tenia un aspecto melancólico; y pasó largo tiempo hasta que volvieron á tomar sus caracteres naturales, y que Clara recobrase su vivacidad.

Cerca de cuatro años habian transcurrido desde esta separacion, cuando una tarde, mientras que la señora Laluc y su sobrina se ocupaban en sus labores en la sala, una buena muger de la vecindad se presentó para hablarla: venia á pedir algunas medicinas y á consultar á la señora Laluc.

"Ha sucedido un triste accidente en nuestra casa, señora, la dijo; en verdad, la pobre jóven me da tanta lástima!" — La señora Laluc la dijo que se esplicase; y la buena muger la insinuó que su hermano Pedro, á quien no habia visto hacía muchos años, acababa de llegar, y habia traido consigo una jóven señorita, que creia se hallaba en el artículo de la muerte. Hizo una descripcion de su enfermedad, y la informó de las particularidades de su historia que Pedro la habia contado, no dejando, como se deja conocer, de exagerarla segun se hallaba, escitada por su compasion hácia la desgraciada estrangera, ó por su amor á lo maravilloso.

Esta relacion pareció estraordinaria á la señora Laluc; pero la piedad que la inspiraba la triste situacion de la jóven enferma la hizo tomar unas señas mas detenidas. "¿Quereis que yo vaya, señora, dijo Clara, que habia escuchado con una tierna compasion lo que habia dicho la pobre muger? Permitidme que vaya allá; debe necesitar de socorro, y desearia saber cómo esta." La señora hizo aun algunas preguntas tocante á su enfermedad; despues de lo cual, dejando sus anteojos, se levantó

y dijo que ella misma iria. Clara quiso acompañarla: ambas tomaron sus sombreritos y siguieron á la buena muger á la cabaña, donde estaba Adelina en un cuartito sobre un miserable lecho, pálida, flaca é insensible á todo lo que la rodeaba. La señora Laluc se volvió hácia la muger y la preguntó cuánto tiempo habia que se hallaba en aquel estado. Al mismo tiempo Clara se acercó á la cama, y tomando su mano, casi fria, que descansaba sobre la almohada, miró atentamente su rostro. "Nada siente, dijo; ¡pobre criatura! yo querria que estuviese en casa: allí tendrá mas comodidad; yo podré cuidar de ella." La muger respondió á la señora Laluc que hacia muchas horas que la señorita se hallaba en aquel estado. La señora Laluc la tomó el pulso y meneó la cabeza. "Este cuarto es bien pequeño, dijo." -- Bien pequeño ciertamente, esclamó Clara con calor; seguramente estaria mucho mejor en casa si se pudiese trasladar á ella."

-- "Probaremos, dijo su tia; y entre tanto dejadme hablar á Pedro: hace muchos años que no le he visto." Pasó al cuarto de la entrada, y la muger salió para llamar-

le. Luego que partió "es una triste habitacion para esta pobre estrangera, dijo Clara; jamás curará en este sitio; yo os suplico, tia mia, que hagais conducirla á nuestra casa: estoy segura de que mi padre no se incomodará por ello: ademas, hay cierto no sé qué en su fisonomía que por mas insensible que yo fuese me previene en su favor."

"¿No conseguiré jamás destruir en tí esta disposicion romanesca de juzgar á las gentes por el esterior? Poco importa saber cuál sea éste, basta que se la halle en un estado deplorable para que yo la socorra; pero desearia antes hacer algunas preguntas á Pedro sobre este asunto."

-- "Yo os doy gracias, querida tia dijo Clara, porque ¿no es verdad que la vamos á llevar á casa?" -- La señora Laluc iba á responder; pero Pedro entró y manifestando el placer que sentia de verla, preguntó cómo estaban: los señores Laluc y Clara, la cual dió la bienvenida á este buen jóven por su vuelta á su pais natal. Él respondió á estas felicitaciones espresando muchas veces su sorpresa de verla ya tan alta. "Aunque tantas veces os he llevado en brazos, dijo, no os habria conocido: las ramas

jóvenes ¡crecen tanto, como decimos luego.....!"

La señora Laluc se informó entonces de la familia de la triste Adelina, y Pedro la dijo todo lo que sabia tocante á ella; á saber: que su antiguo amo la habia hallado en un estado de angustia, llevándola á la Abadía para sustraerla á la persecucion de un Marqués francés. La sencillez del discurso de Pedro no dió por qué sospechar de su veracidad, aunque muchas de las circunstancias escitasen toda su sorpresa y su piedad. A Clara se la asomaron muchas veces las lágrimas á los ojos durante el curso de esta relacion; y cuando acabó dijo: "querida tia mia, estoy persuadida de que cuando papá sepa la historia de esta desgraciada, no se negará á servirla de padre; y yo, yo seré su hermana."

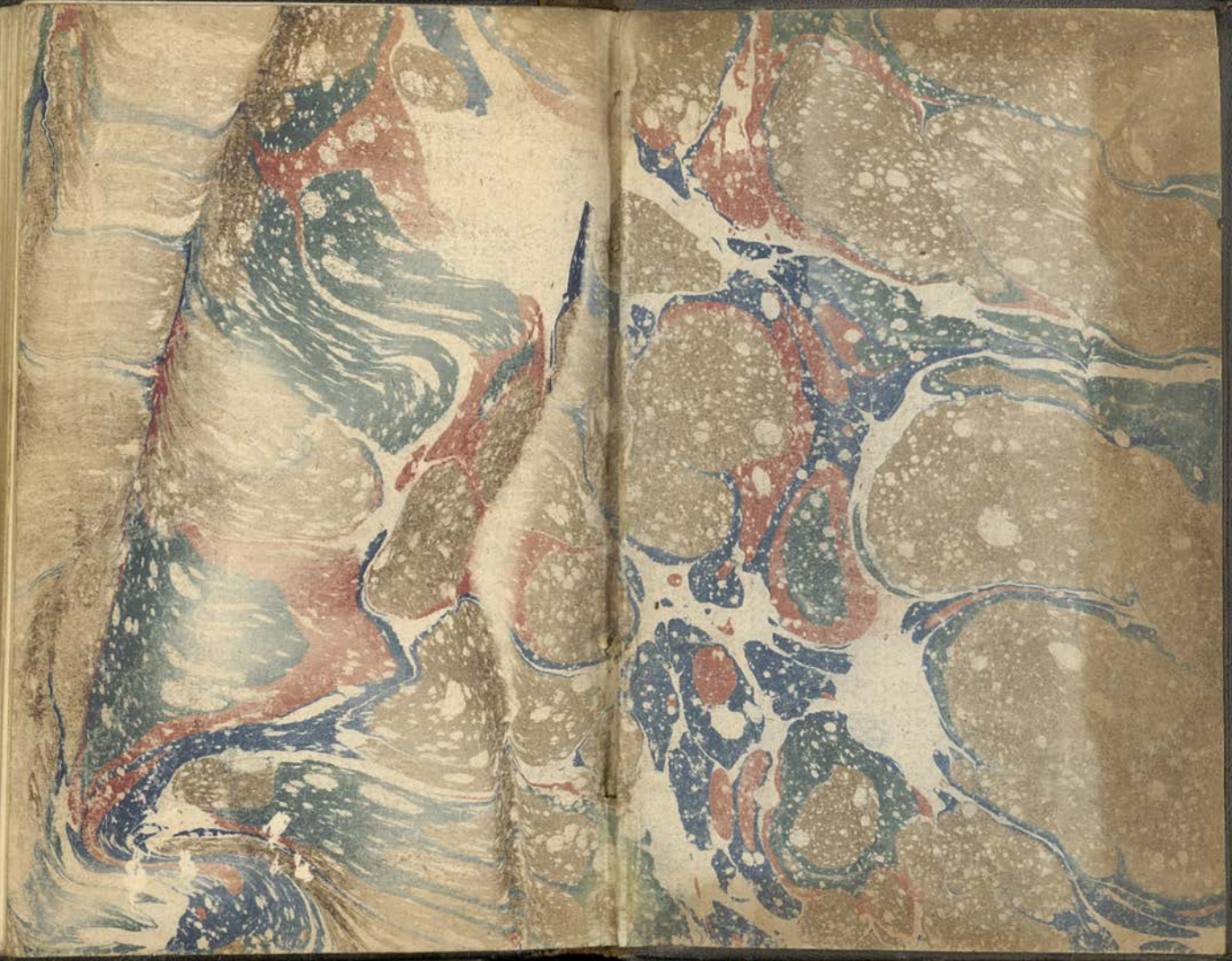
-- "Bien lo merece, dijo Pedro, porque verdaderamente es una buena jóven." Entonces se estendió en su elogio, cosa muy estraordinaria para él. "Voy á consultar á mi hermano sobre ello, dijo la señora Laluc levantándose: seria ciertamente necesario ponerla en un cuarto que tuviese mas ventilacion: la casa está tan cerca de

aquí que se la puede trasladar sin que corra gran riesgo."

-- "Dios os bendiga, señora, dijo Pedro, frotándose las manos, por la bondad que quereis ejercer con mi pobre jóven señorita."

Laluc acababa de volver de su paseo de la tarde cuando llegaron ambos á casa. Su hermana le dijo dónde habia estado, le contó la historia de Adelina y su situacion actual. "Sin duda, hacedla traer aqui, dijo Laluc, cuyos ojos manifestaban la sensibilidad de su corazon: aquí estará mejor asistida que en el cuarto de Susana. -- ¡Ah! ya sabia yo bien que hariais eso, mi querido papá, dijo Clara; voy al momento á prepararla la cama verde."

-- "Ten un poquito de paciencia, sobrina mia, dijo la señora de Laluc; no es necesario apresurarse tanto; hay antes que pensar en muchas cosas; pero eres jóven y romanesca." Laluc se sonrió. "Ya es de noche, continuó su hermana, y por esto seria peligroso trasladarla ahora: la prepararemos mañana por la mañana un aposento y entonces la traeremos: entre tanto voy á componer un medicamento, que á lo que yo creo le hará mucho provecho."

Clara, á su pesar, consintió en esta demora, y la señora Laluc se retiró á su gabinete.

El dia siguiente por la mañana, Adelina, bien arropada con las mantas, fue trasladada á la casa donde el benéfico Laluc mandó se tuviese todo el cuidado posible de ella, y Clara principió á asistirla con una ternura y un interés sin ejemplo; permaneció en un estado letárgico durante la mayor parte del dia; por la noche respiró mas libremente; y Clara que se hallaba á la cabecera de su cama, tuvo al fin el placer de ver que habia recobrado el uso de sus sentidos y se hallaba en el estado en que la hemos dejado para dar esta relacion del venerable Laluc y de su familia. El lector verá en seguida que sus virtudes y su amistad por Adelina eran bien dignas de semejante digresion en su favor.